

SUMARIO

Págs.

FORMACION DE MAESTRAS

CONSIGNA...	5
RELIGION. <i>Por Fray Justo Pérez de Urbel</i>	6
NACIONALSINDICALISMO. <i>Por Pilar Primo de Rivera</i>	9
LITERATURA. <i>Por José María Prada</i>	12
POESIAS... ..	15
HISTORIA. <i>Por Manuel Ballesteros-Gabrois</i>	17
ARTE. <i>Por Enrique Azcoaga</i>	20
MUSICA. <i>Por Rafael Benedito</i>	23
CONCURSO	26
ORIENTACION PEDAGOGICA. <i>Por Francisca Bohigas y Pilar García Noreña</i>	28 y 30
BIBLIOGRAFIA	35
HOGAR	37
HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO. <i>Por María Estremera de Cabezas</i>	39
CIENCIAS NATURALES. <i>Por Emilio Anadón</i>	44
SANIDAD. <i>Por el Dr. Blanco Otero</i>	47
DECORACION.....	49
SECCION POLITICA.....	54

Revista Bazar

PARA LA FORMACION Y RECREO DE LAS NIÑAS, LA SECCION FEMENINA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S. HA CREADO LA REVISTA BAZAR, QUE VIENE A LLENAR UN GRAN HUECO EN LAS PUBLICACIONES DEDICADAS A LA INFANCIA.

EN SUS PAGINAS COLABORAN PRESTIGIOSOS DIBUJANTES Y LOS ESCRITORES QUE MEJOR SABEN LLEGAR AL MUNDO DE LOS NIÑOS LOGRANDOSE ASI UN CONJUNTO LLENO DE AMENIDAD Y GRACIA QUE NO DEBE FALTAR EN NINGUN HOGAR.



He aquí un sumario de uno de los últimos números publicados:

Oro de Dios, cuento de Luis de Santullán.
Los cuentos de hadas se cumplen, crónica de los Albergues de Juventudes.

TEMAS DE AMERICA

Puerto Rico, por Josefina de la Maza.

RELIGION

Santiago Apóstol, por A. M.

TEATRO DE LOS JUEVES

El pájaro mendigo, por Aurora Mateos.

LA RISA EN BAZAR

Verdadera historia de Mamburú, por Tiner. Chistes y conocimientos útiles.

ACTUALIDAD DE LAS JUVENTUDES. Sellos para las Misiones.

CUENTA GUILLERMINA

Un día de viaje.

MUÑECOS RECORTABLES

Traje de Avila para Guillermina.

La sorpresa de Piti, historieta.

Lo que una niña debe hacer, consejos.

Un loro periodista, reportaje de actualidad.

Concurso de Bazar, con magníficos premios.

El fondo del mar, viaje a las profundidades del océano.

Una niña en el mundo, por Pablo Allue.

Don Pipo va de caza, historieta.

Aprende a pintar, Modas, Tijeras, hilo y dedal, labores.

JUGUEMOS A SER AMAS DE CASA.

El pato y la serpiente, fábula de Iriarte.

UN POCO DE ARTE

El príncipe Baltasar Carlos.

AIRE LIBRE

A la orillita del mar, por la Rata Blanquita.

DOÑA SABIHONDA, EN CEILAN, aventuras de una periodista y su perro.

Vuestra página, colaboración de todas las lectoras.

Aventuras sorprendentes de dos niñas imprudentes, historieta.

Ilustraciones de Serny, Picó, Tauler, Cortezo, Suárez del Arbol y Sun.

Curiosidades, sorteos, correspondencia, etc., etc.

El mejor premio para las alumnas de vuestras escuelas, el mejor regalo para vuestras hijas dentro del hogar es esta gran publicación infantil.

Precio del ejemplar: 3,75 pesetas.



FORMACION
DE
MAESTRAS

CONSIGNA



VIRGEN DE LA PALOMA



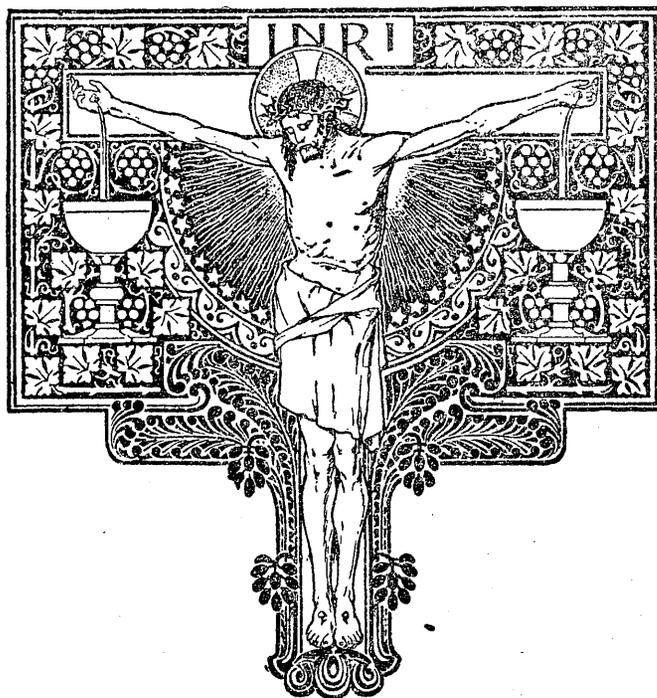
CONSIGNA



«Queremos una política internacional que en cada instante se determine, para la guerra o para la paz, para que sea neutral o beligerante, por la libre conveniencia de España, no por la servidumbre a ninguna potencia exterior.»

JOSÉ ANTONIO

(*Ante las elecciones, 16 de enero de 1936.*)



CUESTIONES EN TORNO A LA MISA

La Misa de Cristo en el Cenáculo

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



La celebración de la Misa comenzó «en la noche en la cual iba a ser El entregado». Ya Judas, que sabía su predilección por aquel bosquecillo de los Olivos, en el cual le había visto recogerse otras veces, había resuelto llevar allí su huete para prenderle. Pero antes quiso El dejar a los suyos el Sacramento sagrado, que iba a ser para siempre el sacrificio perfecto de la Humanidad. Y lo hizo dentro del banquete simbólico en que se comía el cordero pascual. Lo que

generaciones y generaciones de israelitas habían celebrado año tras año desde la salida de Egipto, como signo de una esperanza lejana, iba a tener ahora su plena realización. No era sólo la salida del imperio del Faraón lo que allí se conmemoraba, sino también la liberación de la tiranía del pecado; ni se alegraba el corazón únicamente por la cercanía de la tierra prometida, sino, sobre todo, por la entrada en el reino de los cielos. Tal era el pensamiento que los hijos de Israel tenían presente en aquella hora,

y que se realizó de una manera todavía más impresionante de lo que ellos se podían imaginar.

Fué para ellos el cumplimiento de un deseo que parecía imposible, y lo fué también para todo el género humano. El hombre quería adorar, quería conseguir los dones del cielo, quería dar gracias por ellos, quería expiar sus pecados; en una palabra: quería ponerse en comunicación con Dios, reconciliarse con el cielo, comprar el amor, y con ese fin descubrió el sacrificio. Sacrificó ovejas, palomas, cabritos, toros, becerros; ofreció flores, ramas de árboles sagrados, jugos de plantas; llevó ante las aras los animales más puros y los más provechosos para su vida; multiplicó los holocaustos y las hecatombes; y, en su afán monstruoso y desesperado, llegó, empujado por un delirio de barbarie, a ofrecer la sangre de sus enemigos, de sus amigos, de sus doncellas, de sus hijos, y hasta su propia sangre. Nada, sin embargo, podía darle la seguridad de conseguir lo que pretendía. Parecía como si su anhelo quedase estrangulado, como si su voz se perdiese en el vacío. Y así era, efectivamente. La comunicación sobrenatural del hombre con Dios había quedado rota por la primera culpa; ni el anhelo del corazón humano tenía fuerzas para atravesar los espacios infinitos que le separaban de la divinidad; ni toda la sangre de los animales equivaldría jamás a un adarme de amor divino; ni, en su inmenso dolor, llegaría la tierra a encontrar una víctima digna del Señor ofendido.

Mas llegó «la noche en la cual fué El entregado», y en lo alto de los cielos resonó aquella frase con que un salmo profético había expresado los designios de la Trinidad Beatísima ante la impotencia irreductible de la Humanidad: «Rechazaste todo sacrificio y toda ofrenda, y entonces yo dije: Aquí estoy.» Quien así hablaba era la segunda Persona, el Verbo divino, engendrado antes del lucero de la mañana, que, compadecido de aquel esfuerzo porfiado e impotente en que se debatían los hombres, se

ofrecía como víctima de unión y reconciliación, la única que podía borrar la culpa y unificar lo que estaba opuesto. Y el Verbo se hizo carne, tomó la naturaleza humana en las entrañas de la Santísima Virgen y habitó entre nosotros. Era sacerdote eterno, y en cuanto hombre quiso hacerse hostia de propiciación, ofrenda de un valor infinito, porque al mismo tiempo era Dios; víctima que debía reemplazar a todas las víctimas que los hombres habían imaginado, realizando para siempre y de una manera perfecta el anhelo antiguo de la Humanidad pecadora, al entrar, una vez para siempre, en el Sancta Sanctorum en busca de la redención eterna. Esto se realizó con el sacrificio del Calvario. Y se realiza perpetuamente en el sacrificio del altar, que repite sin cesar para nosotros que vivimos veinte siglos después del paso de Cristo por la tierra, aquel sacrificio único del primer Viernes Santo. Porque así lo quiso Cristo en el exceso de su amor por nosotros, y así lo dió a entender en la noche de la última cena, cuando por un acto inolvidable hizo al Padre ofrenda sacerdotal de Sí mismo, dejando en nuestras manos, antaño vacías, el tesoro maravilloso de su Cuerpo y de su Sangre, por medio de la institución eucarística, que renueva, a nuestros ojos y para provecho nuestro, de una manera incruenta el sacrificio mismo de la Cruz. Y así tenemos la seguridad de ser escuchados, y somos íntimamente dichosos, más dichosos que Salomón, cuando, para inaugurar su templo, inmolaba 20.000 bueyes y 120.000 ovejas, porque disponemos del sacrificio eficaz, que, penetrando los cielos con virtud sobrehumana, derrama luego sobre la tierra su influencia bienhechora en frutos de paz y bendición. Somos dichosos porque, en medio de nuestra pobreza, cercados por las angustias de la vida, amedrentados por los gritos del corazón, siempre insatisfecho, mutilados y mil veces defraudados en nuestras ansias de eternidad, tenemos ese precio del amor, y esa escuela de sabiduría, y esa prenda de quietud, y ese manan-

tial de fuerza, y esa garantía de inmortalidad que se llama la Misa, por la cual los que no sabíamos amar, ni dar gracias, ni adorar, ni pedir, ni expiar, nos levantamos a las cimas de la oración perfecta, la que se presenta con seguridad confiada y es infaliblemente atendida.

Todo esto porque en aquella noche única el Señor, antes de ser entregado, se entregó a sí mismo en las especies del pan y del vino; porque, si es verdad que el sacrificio del altar adquiere su valor del sacrificio del Calvario, su arquetipo está en el banquete sagrado de la última Cena, el de la institución de la Eucaristía, el de la Misa primera que se celebró en el mundo. Porque aquello fué ya una verdadera Misa, con todo lo esencial que nosotros encontramos en las Misas a que asistimos diariamente; una Misa en que se ofrecía la misma víctima y actuaba el mismo sacerdote, siguiendo en sus grandes rasgos la liturgia que hoy seguimos; una Misa que debemos estudiar con particular cuidado para comprender el sacrificio de la nueva Ley.

Nadie sabe aún dónde se celebrará la fiesta ritual; mas de pronto, Jesús, con gran sorpresa de Judas, que creía sus servicios indispensables, hace una señal a dos de sus discípulos. Son Pedro y Juan, siempre los mismos: «Id —les dice— y aparejad la Pascua.» «¿Y dónde, Señor?», preguntaron ellos. «Luego que entréis en la ciudad —respondió—, hallaréis un hombre con un cántaro de agua; seguidle hasta que entre en casa, y cuando veáis al padre de familias, confíaos a él, diciéndole: Esto dice el Maestro. Mi tiempo está cerca; muéstranos la sala donde recogeremos para celebrar la Pascua.»

Con este meticuloso cuidado se preocupó Jesús del primer templo, en que iban a inaugurar el nuevo rito. Los dos predilectos entraron en Jerusalén, siguieron al hombre del cántaro, y en el zaguán de una casa encontraron al padre de familias. Era un amigo que, a la primera indicación puso a disposición del Señor la parte más confortable de su casa, el gran aposento de la parte superior, el diván, como se llamaba, por los almohadones que solían alinearse en torno a las paredes. Jesús iba a celebrar el banquete legal de la Pascua, y al mismo tiempo iba a instituir otro banquete que eliminaba e inutilizaba el antiguo, como la luz disipa la sombra, como la realidad inutiliza y deshace la figura. Todo estaba dispuesto en la sala: los escaños mullidos, la alfombra, la paila y los lienzos, el ánfora para las abluciones, las vasijas y las escudillas de bronce, pues las de barro eran impuras; las cráteras para los líquidos y la copa de dos asas para las libaciones. En la gran mesa estaban las hierbas amargas, que tenían por objeto recordar las tristezas de la servidumbre en la tierra de Egipto, y con ellos, la salsa del Koroset, una mezcla picante de vinagre, cidros, higos, dátiles y almendras, recuerdo de la arcilla que en otro tiempo habían amasado los israelitas para construir las fortalezas de sus opresores. Allí también el vino, del cual estaba preceptuado vaciar, por lo menos, cuatro copas; y lo que más importaba, la res blanca —la gran profecía—, el cordero simbólico, que aparecía como fijo en una cruz sobre los dos palos de granado, que lo atravesaban a lo largo y a lo ancho para mantener los lomos separados.

(Continuará.)

NACIONALSINDICALISMO



FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES DE EMPEZAR LAS CLASES

«Enseñaremos a todos a soportar el sacrificio con cara alegre. Con la cara alegre del que sabe que, a costa de algunas renunciaciones en lo material, salva el acervo eterno de los principios que llevó a medio mundo, en su misión universal, España.»

JOSÉ ANTONIO

(Carta a los militares de España, 4 de mayo de 1936.)

Historia de la Sección Femenina

CAPITULO III

ORGANIZACIONES PROVINCIALES

(Continuación)

POR PILAR PRIMO DE RIVERA



SI, después de Madrid, empezaron a organizarse las secciones femeninas en las provincias, con el mismo estilo y al mismo ritmo, pero también con las mismas dificultades de vida incómoda y peligrosa.

Vigo fué el primer pueblo que se organizó, y después las provincias de Navarra, Orense, Valladolid, hasta diez o doce en toda España y Ceuta y Melilla en Africa. Pero todavía la gente no nos entendía y a las seis o siete camaradas que había en cada organización afi-

liadas a la Falange las tenían por insensatas.

Una mañana llamamos al Centro, que entonces tenía la Falange en la calle Marqués del Riscal, a Lila Ozores, y le encargamos que procurara organizar la provincia de Pontevedra. Y ella, con esa alegría y ese optimismo con que se hacían todas las cosas en Falange, no titubeó un momento en aceptar la difícil tarea que le confiábamos. Tenía Lila dieciocho años y mucha fe en la Falange; por eso sabía que el único camino para España era el nacionalsindicalista. Y se fué a Vigo, desde donde escribió a los pocos días diciéndonos que ya contaba con tres o cuatro afiliadas dispuestas a dejarse la juventud y la vida en la pelea.

Escribimos una circular a todos los Jefes Provinciales para que nos dijeran si en sus provincias encontraban alguna chica que se pudiera encargar de organizar la Sección Femenina, con la principal obligación de atender a los presos y a las familias de los caídos.

Desoladoras eran las contestaciones de los Jefes. Las mujeres en provincias no querían meterse en nada y les parecía peligroso afiliarse a la Falange. Hasta que un día recibimos carta de Navarra, diciéndonos que en Pamplona había una camarada dispuesta a hacerse cargo de la Sección. Ya teníamos dos: Vigo y Navarra. Después nos escribió otra chica de Huesca y así llegaron a organizarse en un año unas diez secciones femeninas en toda España. En cada una no había más de seis o siete afiliadas, pero ellas solas eran bastantes para mantener con su espíritu el calor de nuestra hermandad.

Al cabo del año se organizó el primer viaje de inspección por las Secciones Femeninas, y salieron la Jefe y la Secretaria Nacionales con un kilométrico de 2.^a y 500 pesetas en el bolsillo para las dos, a recorrer España durante un mes, desde Aragón hasta Salamanca, dando la vuelta por Huesca, Zaragoza, Pamplona, Bilbao, Santander, Asturias, toda Galicia, León, Palencia, Valladolid, Zamora y Salamanca, y después Toledo y Segovia. Allí fué donde les

enseñamos ya a las camaradas el himno de la Falange, que entonces empezaba a cantarse en España. Entre el equipaje llevábamos una maleta llena de propaganda para ir repartiendo por todas partes. Y quedaron constituidas las Secciones Femeninas de todas esas provincias con estas Jefes: Vizcaya, María Teresa Díaz de la Vega; Asturias, Concepción Colao; Zaragoza, Julia Aguilar; La Coruña, Ricarda Canalejo; Orense, Vicenta Pérez López; Santander, Josefina Allende; Palencia, Margarita Miguel; Navarra, Josefina Arraiza; Salamanca, Cándida Cadenas; Valladolid, Rosario Pereda; Pontevedra, Lila Ozores; Segovia, Angelita Ridruejo; Toledo, Sagrario Muro; Zamora, Esperanza Bajo. De las demás provincias recorridas, por el tiempo que ha pasado y porque no permanecieron en sus puestos, no hay memoria de sus Jefes.

Los Centros de Falange de provincias eran todos francamente pobres y en muchos sitios clandestinos. En Renedo tuvimos que tener la reunión con las chicas en la trastienda de un establecimiento de ultramarinos, donde no había más ornamentos que nuestra bandera roja y negra y un retrato de José Antonio. En aquella especie de covacha les hablamos por primera vez a las camaradas de Santander de la Revolución Nacional-Sindicalista. Y como éste eran los Centros de Vigo, de Zamora, de León, de La Coruña, y en algunos sitios ni lugar para reunirse tenían por falta de dinero y por sobra de reunión policíaca.

Donde únicamente encontramos la cosa francamente bien fué en Valladolid. Llegamos allí de noche, y en el Centro nos esperaba Onésimo Redondo, y con todas ellas la Jefe Rosario Pereda. Emocionante fué la llegada a Valladolid. La Secretaria Nacional, más decidida y con más facilidad de palabra, les habló a las milicias que se habían reunido en el Centro para esperarnos. Ya desde aquel día nos dimos cuenta que aquélla sería siempre una magnífica Sección Femenina, como lo demostraron a los pocos meses, ocupándose de los presos cuando me-

tieron en la cárcel a Onésimo y a casi todos los camaradas de aquella provincia. Y así como nosotras en Madrid nos dedicábamos a vender jabones para sostenerlos, ellas vendían flores por las calles, con riesgo de ir también a la cárcel, pero mantenían a los presos.

«Inasequibles al desaliento» teníamos que ser para que nuestra fe no se viniera abajo viendo con las pocas mujeres con que contábamos en toda España. Pero nuestro optimismo era infinito y estábamos seguras que ese montón de mujeres en cada sitio bastaba para mantener en cada pueblo el estilo de nuestra revolución.

Varias peripecias hubo en aquel viaje. Ya estaba la atmósfera cargada de aires marxistas, había pasado la revolución de octubre y no se había castigado con el rigor que exigieron los acontecimientos a los culpables, y al salir nosotras de Oviedo nos despedimos de las camaradas que habían ido a la estación con nuestro «¡Arriba España!», según teníamos por costumbre, grito que provocó la ira de un grupo de socialistas que allí había, y que empezaron a proferir palabras contra la Falange, gritos que fueron enérgicamente contestados por nuestras camaradas, arrancando el tren entre manos abiertas y puños cerrados.

Mientras tanto se iban formando también en otras provincias las Secciones Femeninas. Cuando volvimos nos encontramos con que había organización en Málaga, con Ana María Hurtado de Mendoza por Jefe; en Jerez, mandadas por Isabel de Coca; en Barcelona, María Josefa Viñamata; en Guipúzcoa, Concepción López Dóriga; en Burgos, Antonia González; en Sevilla, Carmen Azancot; en Huelva, Antonia San Román; en Valencia, Vicenta Chabás; en Badajoz, Juana Sardiña; en Cáceres, Aurelia Sánchez; en Jaén, Dolores Cámara; en Melilla, Manuela Reyes, y en Ceuta, Pilar Socasau.

Al volver a Madrid después de terminar la

inspección, reunimos a las camaradas para explicarles el resultado del viaje y para que las de Madrid conocieran cómo se desenvolvían las camaradas de las provincias. Allí todas reunidas en el Centro de la Cuesta de Santo Domingo en una tarde de enero, después de contarles nuestro recorrido por tierras de España, juramos con todo recogimiento el juramento de la Falange, palabra por palabra las íbamos repitiendo, convencidas de que si cumplíamos aquéllos, España sería nuestra.

«Juro darme siempre al servicio de España.

Juro no tener otro orgullo que el de la Patria y la Falange y vivir bajo la Falange con obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, gallardía y silencio.

Juro lealtad y sumisión a nuestros jefes, honor a la memoria de nuestros muertos; impasible perseverancia en todas las vicisitudes.

Juro, donde quiera que esté para obedecer o para mandar, respeto a nuestra jerarquía del primero al último rango.

Juro rechazar y dar por no oída toda voz del amigo o enemigo, que pueda debilitar el espíritu de la Falange.

Juro mantener sobre todas la idea de unidad: Unidad entre las tierras de España, unidad entre las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Juro vivir en santa hermandad con todos los de la Falange y prestar todo auxilio y deponer toda diferencia, siempre que me sea invocada esta santa hermandad.»

Y hasta ahora ni una sola ha dejado de cumplir aquellas cosas que juramos.

Nuestra mejor recompensa al terminar la reunión fueron unas palabras de Ruiz de Alda. «La Falange —nos dijo— está contenta de cómo habéis cumplido vuestra misión.»



EL GRAN CONQUISTADOR

POR JOSÉ MARÍA PRADA

«¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»



CUMPLIÉNDOSE en estos días el IV Centenario del arribo a tierras Japonesas del héroe santo, Maestro Francisco Javier (el 15 de agosto de 1549 entró en Cangoxima, capital del reino de Satsuma), su vigorosa figura, de contorno universal y de todos los tiempos, adquiere relieves de actualidad.

Parémonos, pues, ya que las fechas lo ponen ante nuestros ojos, parémonos a considerar su figura, mejor aún su obra, que le da los contornos gigantescos a que se hizo acreedor. Parémonos y meditemos, que la ocasión es buena y harto merecedora de ello la materia.

Hay, entre muchas, una lección suprema en la vida de este santo, tan hombre y tan santo, tan humano y tan tocado de la gracia divina a la vez. Es aquélla que, con tesón y constancia—sus cualidades, por así decirlo, más características— logra grabar en el alma de Francisco el otro gran hombre y gran santo de nuestro país vasco, el de Loyola: San Ignacio.

«¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el

mundo si pierde su alma?» Esta sentencia del Divino Maestro, reiterada una y otra vez por Iñigo de Loyola a Francisco de Jassu y de Xavier, rechazada por éste al principio, logra al fin entrar en su corazón ardiente, abre la luz ante sus ojos vivos y le señala el camino.

Y el joven e impetuoso hidalgo, lleno de ambición, ansioso de honras, dignidades y beneficios, precisamente en el momento en que su mano va a alcanzarlos, renuncia a ellos de una vez y para siempre. Tras once años de trabajo, de estudio, de preparación constante para acercarse al fin de sus sueños, aquel que en su principio sintiera desvío por el guipuzcoano Iñigo y sus pláticas, harto serias y elevadas para su ánimo exuberante de aspiraciones terrenas, descubre en ellas justamente la ambición máxima, la verdadera, aquella realmente digna de todos los anhelos de su alma, de todos los esfuerzos de su ánimo esforzado.

Y con la renuncia a las glorias mundanas y sus beneficios, la entrega íntima y absoluta al Ideal nuevo, al verdadero. La divina sentencia

ha fructificado en su corazón. La paciente y constante labor de San Ignacio ha logrado su objetivo.

Así, Francisco de Xavier está con Ignacio y los demás compañeros en Nuestra Señora de Montmartre el 15 de agosto de 1534 y hace con ellos el voto de ir a Jerusalén, volver a ponerse en las obediencias del Papa y alejarse de parientes e intereses terrenos para encaminarse más libre y eficazmente hacia Dios. Después del voto, en aquellas mismas vacaciones, todos hacen ejercicios; del fervor con que a ellos se entrega Francisco da testimonio el mismo San Ignacio: «Maestro Francisco ultra de su abstinencia grande, porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente; y muy atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones».

Poco después, en Italia, cuando se dedican al servicio de los enfermos del hospital en Venecia, mientras esperan oportunidad para cumplir su voto de ir a Tierra Santa, el antes ambicioso hidalgo don Francisco de Jassu y de Xavier da nuevas pruebas de su maravillosa transformación en el abnegado e inquebrantable Francisco; entonces, entre otros, lleva a cabo aquel heroico acto de chupar el pus de la llaga de un enfermo para vencer las repugnancias de la naturaleza.

Ejemplares son —ejemplos de la misma lección suprema— sus andanzas en aquellas inmortales jornadas de la fundación de la Compañía de Jesús, ya ordenado sacerdote. Su ansia de trabajo y sacrificio es realmente superior a lo mucho que hace y ha venido haciendo. Le tortura precisamente el afán de mayor ocupación: despierta a veces sudoroso, angustiado, gritando: «¡Más, más, más!...» Y era que soñaba hallarse en grandes peligros y trabajos por el servicio de Dios, cuya gracia le sustentaba y fortalecía para pedir otros mayores.

Y otros mayores alcanza. El 7 de abril de 1541

parte como misionero a las colonias portuguesas de Indias. Aquel mismo día cumplía treinta y cinco años.

Su corazón palpita fuertemente de gozo, de ímpetu sublime, de ansia inmortal: va a llevar el conocimiento de Jesucristo a millares de infieles, va a dilatar los confines de la iglesia católica, va a llevar la luz a miles de almas inundadas de tinieblas.

Desde el momento de zarpar ya siente en su carne y en su alma que ha encontrado el molde para el cual fué hecho. Todo el vigor y el tesón de su acusada personalidad encuentra al fin el amplísimo cauce por el que ha de desbordarse. El navarro Francisco Javier, hecho de una pieza, todo él destinado al servicio de Dios, alcanza sin desmayos todas las fatigas, todos los trabajos, todas las penalidades y sufrimientos, todos los sacrificios de aquella magna empresa. Empresa gigantesca en verdad, pero gigantesco también es su espíritu.

Su primer destino es la sede episcopal de Goa (adonde llega en mayo de 1542), mas no permanece en ella mucho tiempo, aunque su estancia allí sea laboriosa y fructífera; sigue, porque es la suya labor de apóstol: explorar nuevos reinos, organizar las primeras cristiandades. Que otros recojan los ópimos frutos de su ministerio.

Es difícil imaginarse el trabajo inmenso que significa su labor de cristianización. Del ahinco y fervor con que a él se emplea podemos darnos una idea por lo que escribe a Roma: «Es tanto la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en estas tierras donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el credo y los mandamientos en su lengua de ellos y las otras oraciones».

Y no es esto sólo: había de buscar personas que, entendiendo algunas de las lenguas conocidas por él, fueran capaces de ayudarle a transmitir a aquellas toscas lenguas los altísimos misterios de la fe; formar un catecismo elemental

que, a coro, cantando, aprendían niños y mayores; obrar en parecida forma con las oraciones; buscar a alguien más capaz y enseñarle especialmente para que, al irse él a nuevos lugares y tras nuevas conquistas, se encargara de repetir las toscas e ingenuas preces de la comunidad en ciernes en la capilla o iglesita que acostumbraba a levantar con sus propias manos. Y esto no una vez ni dos, sino incontables veces a todo lo largo de aquel largo territorio que iba recorriendo.

Mirad el mapa: en la primera mitad de su apostolado deja establecidos domicilios de la Compañía de Jesús en Goa, Pesqueria, Travancor, Molucas, Malaca, Santo Tomé de Meliapur, Coulam, Bazain y Ormuz.

En el Japón, donde desarrolló después el celo laborioso que puso en todas sus obras, dejó establecidas cuatro cristiandades: Cangoxima, Firando, Yamaguchi y Bungo, con 1.500 neófitos aproximadamente.

¡Qué inmensa, qué inconcebible capacidad de trabajo desarrolla San Francisco Javier! ¡Y cómo clama por nuevos operarios que le ayuden en tan ingente labor! Al rey de Portugal, a San Ignacio, a sus hermanos de Roma, escribe ardientes palabras. ¡Qué lejos del estudiante ambicioso que acudió a París por medios de fama, honra y beneficios, el misionero que dice ahora le «mueven pensamientos de ir a los estudios desas partes dando voces como hombre que tiene perdido el juicio... diciendo en Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar en ellas, cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por negligencia dellos!»! ¡Cómo ha hecho suya la divina sentencia! Ya no es tan sólo una sabia máxima que oyera de labios del compañero, de San Ig-

nacio, y que abriera ante sus ojos el verdadero camino; es más que eso: es la entraña íntima de su sentir y de su vivir.

El Gran Conquistador, que recorre infatigable aquellos remotos y extensos lugares, no busca honras ni beneficios. Trabaja por algo mucho más importante. Y, a no dudarlo, logra su deseo y ve cómo se van convirtiendo en luz sus anhelos. Pálidas, sin vida, sin valor, se aparecen las glorias terrenas ante los frutos de sus auténticas conquistas. Pensemos en ello, meditemos en las recompensas que, en medio de sus arduos trabajos, dentro de ellos precisamente, alcanza San Francisco Javier: aquel a quien no doblega la fatiga se siente desfallecer de gozo. ¡Y cómo se rompe su corazón de dicha por la abundancia de resultados! Nos lo imaginamos trémulo, incapaz de soportar la emoción, rasgadas las entrañas por ardientes dichas y sublimes deliquios, vislumbrando lo que sólo un santo como él es capaz de vislumbrar aún en su envoltura humana, lanzando su célebre exclamación: «¡Basta, Señor, basta!», anonadado realmente por divina felicidad, incapaz de resistirla en tal magnitud.

Esa es la lección suprema en la vida repleta de lecciones y ejemplos, del santo que nació en el castillo de Javier hace ahora algo más de cuatrocientos años. Aquel que ambicionó honras y beneficios y renunció a ellos cuando estaba en lo mejor de su logro, para dedicarse con toda la pasión de su alma apasionada a la conquista mayor y más sublime.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Por olvido involuntario se olvidó poner la firma en el número de julio al artículo Nuestro Señor Sant-Iago, que es de este mismo autor.

POESIAS



ROMANCILLO

Fertiliza tu vega,
dichoso Tormes,
«porque viene mi niña
cogiendo flores».

De la fértil vega
y el estéril bosque,
los vecinos campos
maticen y broten
lirios y claveles
de varios colores,
«porque viene mi niña
cogiendo flores».

Vierta perlas ella
desde sus balcones,

que prados amenos
maticen y borden,
y el sol, envidioso,
pare el rubio coche,
«porque viene mi niña
cogiendo flores».

El céfiro blando
sus hierbas retoce,
y en las frescas ramas
claros ruisñores
saluden al día
con sus dulces voces,
«porque viene mi niña
cogiendo flores».

(ANÓNIMO.)

VIRGEN, PURA AZUCENA

¡Virgen, pura azucena, lirio en valle,
cándida y limpiamente concebida;
Virgen, donde se mide el sin medida,
preciosa cinta a su divino talle!

Jardín donde no hay flor que no se halle
de las virtudes, de que estáis vestida;
árbol, en cuya planta esclarecida
la sierpe antigua para siempre calle.

Si Dios se cifra en vos, ¿qué puede hallarse
para excelencia vuestra, si ésta excede
tanto, que a Dios no deja en qué alargarse?

Cuanto El puede, y vos sois, aquí se quede,
que como Dios no puede mejorarse,
así de Madre mejorar no puede.

LOPE DE VEGA

CREPUSCULO CAMPESINO

Desde el tren, por la abierta ventanilla,
en un valle de olivos, sombreado,
contemplo un labrador tras el arado,
volcando en los surcos la semilla.

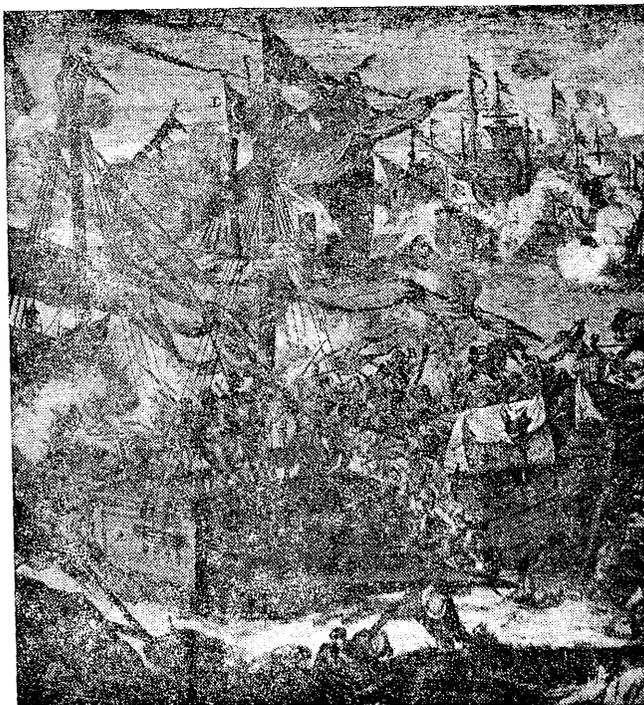
El áureo sol, como una hostia, brilla;
un vuelo de campanas cruza el prado,
y en la paz del remanso sosegado
parece que la tarde se arrodilla.

¡Quién fuera labrador!... ¡Ay, quién tuviera
una blanca casita en la ribera;
yuntas, viña, un huerto de manzanos;

un olivar y tierra labrantía,
donde sembrar el pan de cada día
con el diario esfuerzo de mis manos!

FRANCISCO VILLAESPESA





Imperio en el Mediterráneo

POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS

Catedrático y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad de Valencia.



La Historia de España es hija de dos grandes corrientes —la Atlántica y la Mediterránea— unificadas por las gentes rudas y derididas de la Meseta, por castellanos de las tierras pobres del interior, de los páramos y de los secanos de la antigua Bardulia o de las montañas de León y sus derivaciones. Esta verdad triplíce de la Historia española (*costa atlántica, nudo central y costa levantina* o mediterránea) suele ser olvidada con más frecuencia de lo que una buena aplicación lógica de los conocimientos históricos

generales podría hacer esperar. Y una de las formas más frecuentes de olvido es la de concebir la Historia española como puro quehacer de Castilla, dando una continuidad histórica a *lo moderno* como simple secuencia de *lo medio* asturleonés y castellano.

Las razones de este error de enfoque se hallan —pues todo tiene en la Historia, o debe tenerlo, su explicación— en que la Reconquista misma fué llevada a cabo como tarea de continuación de lo visigodo, como labor de recuperación de lo perdido por la dinastía de don Ro-

drigo en la batalla del Guad-al-ete. Y es claro que si este pendón se alza en Asturias (al tiempo que en Cataluña la cosa comienza de otro modo), la continuidad histórica oficial quede vinculada a lo que luego será Castilla.

Pero, por encima de estos espejismos o errores de apreciación está la verdad de la Historia misma, y ésta es la que indicábamos al principio: que España es la obra resultante del esfuerzo de tres zonas geográficas y geohistóricas que van actuando simultáneamente, aunque se sucedan cronológicamente en sus momentos de auge o intervención decisiva. Esto hace que en una revisión —como la que vamos realizando en estas páginas— de lo que ha habido de imperial en las personalidades que han conducido nuestra historia, no podamos prescindir de una consideración detenida y amorosa de la aportación de cada una de estas tres zonas. Ya vimos en su día lo que era capaz de producir en el terreno de lo imperial —con su larga mirada lanzada a lo ilimitado de la ruta jacobea— la zona atlántica, foco de atracción de las peregrinaciones europeas.

Así como nos maravilla la intuición imperial de las gentes del terruño castellano, que saben sacar de lo más profundo de esencia individual y colectiva la vieja herencia primitiva o céltica para transformarla en ansias imperiales, moviéndose incansablemente en busca de nuevas metas y de nuevas tierras, de igual manera debemos poner nuestra admiración en quienes construyeron un reino con los dispersos trozos de la Tarraconense marítima y de sus aledaños interiores. Desde que la estabilización de la oleada musulmana permite percibir claras fronteras —a las gentes de entonces y al historiador de hoy—, varias son las fuerzas que confluyen en la formación del futuro reino aragonés. Unas proceden directamente del Pirineo, como puesta en vigor de antiguos elementos de patriotismo local, excitados por la invasión extranjera y estimulados por la inexistencia de un verdadero poder que ejerza un efectivo dominio sobre los

valles que descienden de la gran frontera montañosa que separa a la Península del resto de Europa; otras son prolongación del empuje del Estado franco, tempranamente estructurado bajo formas imperiales —aunque con modalidades propias de la Edad Media que comienza— con Carlomagno.

Como resultas de estas fuerzas de diverso origen que se encaminan como flechas por los ríos (Arga, Cinca, Segre, Noguera Pallaresa y Ribagorzana, etc.) hacia el Ebro y hacia el Mediterráneo, se llega muy pronto (siglo XII) a la constitución de un reino —la Corona de Aragón—, en que se unían estas energías de origen pirenaico y navarro con las que habían partido, por la costa, del empuje de la Marca Hispánica creada por los francos imperiales. Desde entonces existe un estado marítimo por poderosa *hinterland* que permite hondura y fortaleza a las tareas y empresas que hayan de llevarse a cabo. Sólo con una explicación como la que acabamos de ver, estimando lo que hay en la Corona de Aragón de impulso de tierra adentro y lo que hay en ella de hábito mariner y navegante, se puede entender la tarea imperial cumplida por Aragón y Cataluña.

Ya dijimos en ocasiones anteriores que uno de los distintivos de todo lo imperial es lo determinado por el territorio, a lo que se llega por el ansia de ver nuevos horizontes que anida en el corazón de los pueblos que llegan a hacer imperio. Esta circunstancia se va a dar también en el sector oriental o catalán de nuestra historia y de nuestra geografía, pero con modalidades y características propias, *sui generis*, como si quisieran demostrarnos los catalanes y aragoneses de los siglos XII, XIII, XIV y XV que no siempre es sólo útil la espada para afianzar posibilidades de dominio y predominio, aunque lo uno traiga lo otro.

El Mediterráneo ha sido siempre un mar con vida propia y muy parecido —valga el símil— a una gran avenida urbana adonde dieran las fachadas de importantes casonas, en las que habi-

taran poderosas familias rivales. Efectivamente, al Mediterráneo (y me refiero a la Edad Media concretamente, que es de lo que vamos hablando) dan las fajas de los estados mercantiles italianos, de la Grecia bizantina, del Norte de África musulmán, de la España mahometana y del naciente Estado de Aragón-Cataluña. Estas gentes no son siempre amigas, no se desenvuelven en la cordialidad vecinal de una agradable convivencia, sino que procuran servirse mutuamente en tanto puedan sacar de ello un provecho propio, y en mucho mayor número de ocasiones actúan violentamente en busca de la adquisición rápida de este provecho, aunque sea violando las leyes de la amistad y de esta cordial convivencia. Muchas veces esta hostilidad viene disfrazada de rivalidad religiosa, de oposición de credo, pero no debemos ser muy estrictos en creer que *siempre* estuvieron enfrente cristianos y mahometanos (ya fueran éstos africanos, árabes o turcos), y estrechamente unidos los de un mismo credo entre sí, para hacer frente al enemigo.

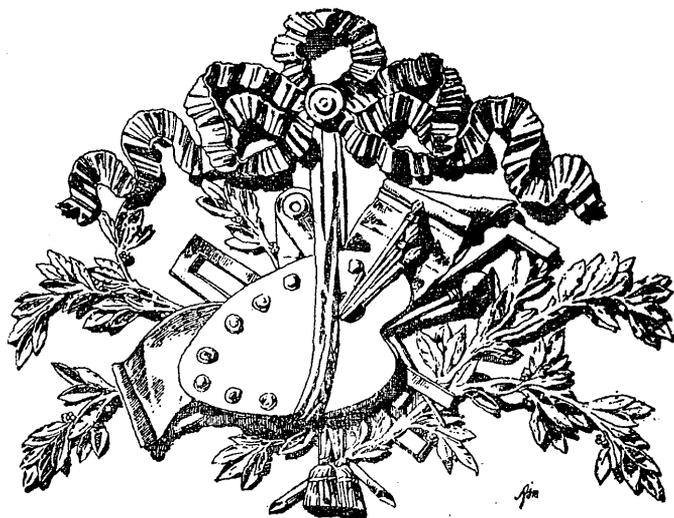
Este estado de cosas producirá —amén de la guerra, que es por lo visto lo único que sabe hacer el hombre para entenderse— dos manifestaciones importantes en la vida del Mediterráneo y de sus pueblos costeros, manifestaciones que permitirán a alguno de ellos constituir verdaderos intentos imperiales: el comercio y el corso.

Entendemos por *corso* toda agresión armada por parte de buques de una nación a barcos de otra, haya o no guerra entre ambas. Una modalidad es la *piratería*, que es un corso practicado privadamente y en provecho exclusivo del que lo hace. Los musulmanes fueron maestros en ambas modalidades.

Sobre este plano se ha de desenvolver la actividad imperial de nuestras gentes mediterráneas, y si no se tienen en cuenta estas premisas corremos el peligro de no entender la aportación catalano-aragonesa, reduciéndonos a una mera historiación de hechos de la vida interior del reino, sin verdadero relieve en el campo de los grandes movimientos históricos.

Resumiendo —y como pórtico a las Figuras Imperiales del Mediterráneo español— diremos que Aragón y Cataluña van a ser vivero de gentes movidas por el estímulo que crea los imperios, pero que estas gentes se mueven en un principio por móviles mercantiles, desarrollan luego virtudes bélicas en el corso o en la defensa contra el corso enemigo, para convertirse finalmente en mesnadas y «compañías» militares en manos de un Jaime I, un Pedro III, un Jaime II o un Roger de Flor, sirviendo los incentivos políticos y dinásticos de su tiempo. De este modo los catalanes disputaron a Génova y Venecia el imperio mercantil y a los bizantinos el dominio de la cuna de la cultura griega.





ALFREDO SISLEY

POR ENRIQUE AZCOAGA



NO es la primera vez que en el fosco terreno de la crítica de arte marcamos una clara diferencia entre la valoración y el entusiasmo. El hombre no tiene derecho a emocionarse de una manera permanente con los grandes valores —entre otras cosas, porque no hay para tanto—, ni a considerar que todos aquellos espíritus que le son más afines, porque no hayan alcanzado la cima de la valoración suprema, merecen su desdén. Al traer al primer plano de la atención la figura de Alfredo Sisley, el gran pintor francés de origen inglés, las palabras anteriores pueden parecer disculpa. Para todo el mundo que no co-

nozca el mundo de Sisley, naturalmente. Puesto que los que lo conocen, incluso aquellos que por amar lo fuerte, lo vigoroso, lo montado sobre uno de los mil *expresionismos* que en el mundo han sido, no se encuentren con demasiada holgura en el clima del autor de «Una calle de Ruán», tienen que reconocer en este caso que el valor suscita el entusiasmo. Y el esfuerzo resumidor del artista —que es lo más importante en arte—, una simpatía particular.

Nacido en París el 30 de octubre de 1839, muere en enero de 1899. El taller de Gleryre fué el primer encuentro de Sisley con lo material de la expresión. Conoce en este lugar a Bazille,

a Claude Monet, a Courbet, a Corot y a Renoir. Compose su paleta —la plataforma intermedia entre las pretensiones y las realidades— con las mejores influencias como se puede ver. La primera exposición de Sisley denotaba a las claras estas influencias. Nunca diríamos que es menor o mayor que los anteriormente citados, pero sí, por ejemplo, que su intimismo tiene más fuego, aunque menos honda, que el de Renoir; que hay más pasión que en Corot y Monet, aunque menos densidad; que Courbet resulta en su obra más ejemplar que influyente... Y que quien hasta 1870, casado y con hijos, vivió de una pequeña renta que le pasaba su padre, presta al impresionismo un cálido aliento como de cámara, de un enorme interés.

A la muerte de su padre, acuciado por la existencia, Sisley recurre a la pintura como medio de vida, entregándose a una lucha monstruosa. El impresionismo, lo que probablemente en nuestro tiempo se considera como el movimiento post-romántico de más importancia en la Historia de las Artes, no tenía por aquel entonces eficacia ni actualidad. Sisley luchó con una resistencia crítica extraordinaria. Para no diferenciarse en esto de sus compañeros, Alfredo Sisley fué en su tiempo totalmente impopular. Cuando nos informamos actualmente de los precios que en el mercado universal tienen los cuadros del autor de «El canal del Loing», comprendemos la contumacia y el desdén de este artista por la desatención ambiente. Había descubierto que el problema consiste en encontrar el centro del mundo, hacerlo pasar por el centro de los cuadros y referir con honestidad todo lo que descubramos en una realidad cualquiera, de ese suceso. Y con aliento de cámara, como decíamos, nos legó además de los citados y entre tantos, «El cerco», «El puentecillo del Argenteuil», «El paisaje nevado», «La iglesia de Moret», «El puente de Moret» y «La barrera del Támesis en Hampton Court».

Los habitantes de la ciudad de Moret, donde Sisley residió hasta el fin de su vida, no escucharán siempre el consejo de quien cuenta en este

lugar con un monumento a su memoria. Alfredo Sisley, nacido con un norte definitivamente impresionista desde el principio, conservó como los mejores ese puente que el arte nuevo ha volado en tantas circunstancias, y al que llamaremos simpatía trascendental. Los cuadros de nuestro pintor apenas si se apoyan en lo anecdótico para dimensionar el revuelo expresivo que los califica. No se trata de un artista modesto, poco esforzado, sino de un plástico preocupadísimo por los problemas de la expresión. Ahora bien, en Sisley, la simpatía comunicativa importa mucho, y no a manera de disimulo decorativo de lo no conquistado. En Sisley, el vaho cálido que se desprende de toda su obra, *se desprende, se nos participa*, y no es cosa que tengamos inteligentemente que ir a buscar. Ha habido un impresionismo intelectual y otro cordial. En el segundo, Alfredo Sisley tiene un puesto de considerable importancia. Porque sus recreaciones, el comentario lírico que sus obras suponen a temas insignificantes, minúsculos, cotidianos, llega a importarnos apasionadamente, como una verdad esencial.

Nadie sabe en arte lo difícil que resulta asombrar con lo que aparentemente nada importa. Los visitantes de Museos, exégetas instantáneos de todo lo grandote y colosalista, debían buscar en pintores como Sisley el esfuerzo amoroso que hay que derrochar en la vida para hacer importante lo cotidiano e intrascendental. Alfredo Sisley, entre los impresionistas, fué uno de los pintores que más lo consiguió, por su norma, por su manera de entender lo inmediato, por su disposición, diríamos. Hasta el punto que toda la obra de Sisley, lo que primero anotamos, aparte la densidad lírica de su particular expresivismo, es la manera total por la que Sisley se entregó a lo real, como medio resumidor de lo absoluto.

Su lucha en la vida fué extraordinaria, pero su contento no es necesario destacarlo a la vista de sus cuadros. Cuando se entiende el mundo de la manera plenísima que lo entendió Sis-

ley y se tiene la gracia de resumirlo y proponerlo a los demás para compartirlo, con esa sencillez, con esa modestia con que Sisley lo lograba, importan los zarpazos de la miseria, pero no al extremo de interrumpir la vocación. La «Inundación en primavera», el cuadro que se vendió en 43.000 francos en los buenos tiempos, como homenaje a su memoria, no remedió el derrumbamiento de Sisley, que ya había sucumbido a la miseria. El consuelo extraordinario que un paisaje de Sisley nos produce, fué conquistado y logrado en momentos que la vida sólo consolaba al artista a fuerza de revelarle su apasionante verdad. Sin embargo, porque el acto de entregarse a la conquista de la verdad, buscando como pretexto una realidad querida, fué en Sisley tan auténtico, sus telas impresionistas nos arrebatan a lo profundo, a lo íntimo, a lo cálido, como una confidencia humana que se nos transmitiese gracias a la más lírica vibración.

El impresionismo cordial en el que situamos a Sisley no vibraba solamente de una manera plástica —como ocurre en aquellos pintores que pudiéramos adscribir al más intelectual de los impresionismos—, sino de una manera íntima. Los cuadros representativos de Sisley no son una fórmula buscada para descubrir la verdad de las cosas con intensidad legítima, sino una intensidad cordialísima a la busca de la verdad de lo real. Lo primero que nos apasiona en Sisley es su temperatura. Lo primero que llega cuando se contempla un paisaje sisleyano es el tono de la verdad que se nos va a conferir. Una

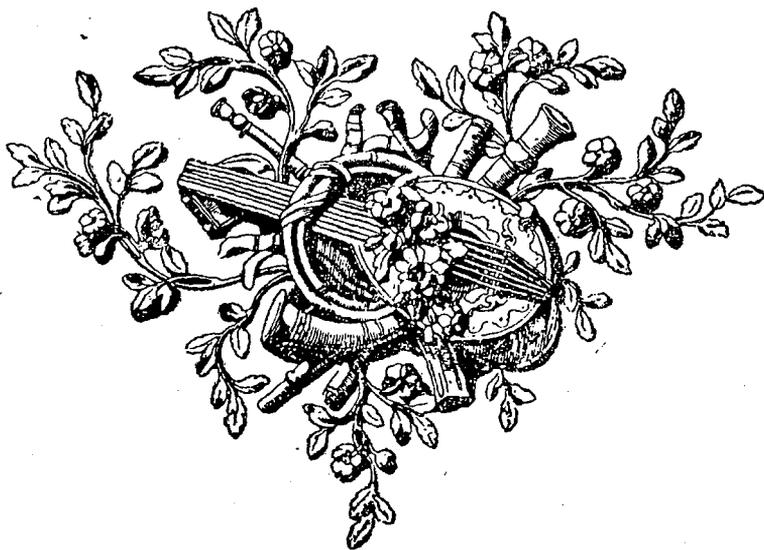
tensión —en la que se hallan trenzados valores plásticos y valores vivos, dentro de una ponderación admirable— determina la simpatía extraordinaria a que en principio nos referíamos. Para que no tengamos que reprochar al artista la dimensión alcanzada en su entrega natural.

Ahora bien; luego, una vez pasados los efectos cautivadores que la simpatía sisleyana suscita, no nos encontramos con una conquista pobre, disminuída, sin importancia. Lo que hay en Sisley es verdad concentrada, en vez de verdad desparramada o protegida por una grandilocuencia esencial. Los cuadros de este pintor no quieren ayudas buenas y ayudas malas. Porque en el cuerpo a cuerpo —o «alma a alma»— que el pintor sostiene con la verdad desnuda, es impresionante y cautivadora la compenetración que se llega a alcanzar.

Alfredo Sisley es uno de los pintores que más recomendó la confidencia colmada, totalmente colmada, sin problemas de dilataciones o de exageraciones contraproducentes. Alfredo Sisley, en lo alto de su estatua de Moret, sigue mirando un paisaje que no nos descubrió para desparramarnos, sino para unificarnos, para reunirnos, para hacernos sentirnos en sí. Hay dos maneras de volar muy claras: la de las águilas y la de la tierra. Estamos ante un caso que sobre toda grandilocuencia, por muy pura y legítima que fuese, prefirió el colmo, la hinchazón, la plenitud suficiente, que es capaz, después de mucho laboreo, sencillamente de florecer.



M U S I C A



Cada autor y su obra, en su época y en su ambiente

POR RAFAEL BENEDITO

«Aunque en toda mi vida no debiera yo producir nada bueno ni bello, no por eso experimentarí una alegría menos real y profunda al gozar de lo que reconozco y admiro en otros autores como hermoso y grande.»



NCABEZAMOS este trabajo dedicado a Franz Liszt con una frase suya que por sí sola describe y dibuja su fisonomía moral, su grandeza de alma y su excepcional capacidad admirativa hacia todo lo grande y bello, así como la au-

sencia de toda pasión mezquina. El caso no es ciertamente frecuente, aun tratándose de grandes hombres, incluso de genios, que rara vez están exentos de ellas, aunque parezca paradójico. Es justamente por constituir una gloriosa excepción por lo que hacemos resaltar sobre to-

das las demás esta cualidad: la nobleza, que unida a una bondad sin límites, a un concepto elevadísimo del arte y a una inteligencia y una sensibilidad extraordinaria, hacen de Franz Liszt un auténtico genio, no obstante los reparos que críticos demasiado severos imputan a la totalidad de su obra.

Fué Liszt un espíritu amplio e inquieto hasta lo ilimitado, y su fantasía creadora llega a la exuberancia. Un esquema biográfico puede dar idea de lo que afirmamos.

Nace Franz Liszt el 22 de octubre de 1811 en Reiding (Hungria), y desde los albores de su vida se familiariza con la música merced al ambiente de la época, impregnándose su alma de pequeño artista de las esencias musicales de dos bien opuestos modos y conceptos de este arte: el popular de los tziganes y el elevado de Beethoven. Con admirable precocidad absorbe fácilmente secretos de la técnica musical que no suelen dominarse hasta bien entrados los años, y cuando cumplía los nueve, ya se presenta ante un público para dar un concierto de piano —instrumento al que abrió, al correr de los tiempos, insospechados horizontes—, obteniendo un clamoroso éxito. Su genial perfección era tanta, que el gran Beethoven, al escucharle en una de sus audiciones en Viena, en un arrebato de entusiasmo subió al estrado, abrazándole efusivamente, sellando con este abrazo una sincera amistad entre ambos que nunca llegó a extinguirse. A los doce años marchó a París, cuyo ambiente artístico, tanto musical como literario y de las demás artes, influyó poderosísimamente en su porvenir. No obstante sus éxitos continuos como concertista, Cherubini no le permitió ingresar en el Conservatorio, en vista de lo cual tuvo por maestros extraoficiales a Paër y Reicha. No satisfecho con ser tan sólo concertista de piano, compartía su tiempo con la composición, y antes de cumplir los trece años escribió unos estudios para este instrumento, que al correr el tiempo fueron los llamados «estudios de

ejecución trascendental», e hizo representar en la Ópera de París su obra en un acto *Don Sancho o el castillo de amor*.

Creciente su fama, era de todas partes solicitado, y emprendió una tournée de conciertos por Europa, que en todas partes revistió caracteres de triunfal. En una crisis de su espíritu, éste le encaminó hacia el misticismo, y en poco estuvo que no ingresara en la carrera eclesiástica; pero a consecuencia de los aires revolucionarios del año 1830, una nueva crisis cambió sus ideas, que derivaron hacia la democracia y el socialismo. Con la condesa de Agoult, escritora conocida más tarde por el pseudónimo de «Daniel Stern», tuvo tres hijos. El mayor, fallecido cuando contaba veinte años; la segunda, que casó con Emilio Olivier, y Cósima, célebre por haber contraído matrimonio con el gran director de orquesta Hans von Bülow, de quien se divorció para ser la esposa de Ricardo Wágner.

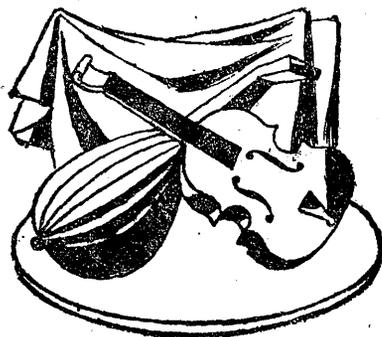
Es un dato de sumo interés en la vida de Liszt el conocimiento y también la amistad con el violinista Paganini, extraño y estrambótico músico, cuya técnica avanzadísima y genial en su instrumento, así como su vida excéntrica, contraria a todas las conveniencias sociales, misteriosa y rara, hacían decir de él a los públicos que estaba aliado con el diablo, ya que realizaba en el violín lo que hasta entonces parecía irrealizable y sobrehumano. Esta técnica despertó en Liszt tanta admiración, que no tardó en emularle, aplicando al piano otra con idénticas características de avance y atrevimiento. Consiguió su propósito plenamente, ya que a partir de Liszt el piano se convirtió en un instrumento de infinitas posibilidades y recursos, y en el cual se consiguen efectos, sonoridades y combinaciones hasta entonces desconocidas. Contribuyó a este cambio trascendental no sólo la genialidad, sino también las condiciones físicas, puesto que Liszt poseía unas manos excepcionales, con las que podía aunar la fuerza, la agilidad y la delicadeza, todo al servicio de su imaginación y de su potencia creadora.

Entre los muchos rasgos curiosos de la vida de este gran intérprete y compositor, hay uno que por sí solo bastaría para delinear la profunda admiración que sentía por el genio auténtico: En un largo viaje realizado por Europa dando conciertos en las principales capitales, cuyo producto, siempre pingüe, porque la admiración de los públicos aumentaba cada día, así como la expectación por escucharle, lo destinó íntegramente a la erección de un monumento que perpetuara la memoria de Beethoven, por quien Liszt sentía tanta admiración, que

puede afirmarse que era por él considerado como un ídolo.

En sus frecuentes jiras artísticas no dejó de visitar España, donde materialmente electrizó con su arte insuperable a los públicos de Madrid, Barcelona y Valencia.

No cabe en este trabajo, aun resumiéndola excesivamente, la biografía de Liszt, por lo que dejamos para uno próximo el completarla, así como dar una impresión, siquiera sea ligera, sobre su obra como concertista de piano y como compositor, situándolo en los distintos ambientes de su época.





CONCURSO

En esta Sección de Cuestionarios pretendemos despertar el interés de nuestras lectoras para resolver una serie de preguntas relacionadas con los más diversos temas y siempre de interés para su formación moral y cultural.

En el Concurso pueden tomar parte todas las lectoras.

Las bases serán las siguientes:

1) *Las preguntas vendrán seguidas de las contestaciones, y no podrán exceder de ocho líneas, en letra perfectamente legible.*

2) *Vendrán dirigidas a la Regiduría Central de Cultura, Delegación Nacional de la S. F. (Almagro, 36, Madrid), firmadas con nombre y dos apellidos, local y domicilio de quien las envía, indicando si es o no afiliada.*

3) *Vendrán dentro de la primera quincena del mes siguiente al de la publicación del Cuestionario correspondiente.*

4) *Mensualmente se repartirán dos premios, consistentes en libros, entre las que mejor contesten al Cuestionario.*

5) *Los nombres de las dos lectoras premiadas se publicarán mensualmente en CONSIGNA, indicando el premio que les ha correspondido, el cual les será enviado por correo a su domicilio.*

CUESTIONARIO

- 1.º ¿En qué fecha comienza a publicarse la *Conquista del Estado*?
- 2.º ¿Qué significa «Liturgia»?
- 3.º ¿Qué día y año tuvo lugar el memorable sitio de Méjico por Hernán Cortés?
- 4.º ¿Qué operaciones comprende el lavado de ropa?
- 5.º ¿Cuántos días con sus noches estuvo lloviendo sin parar durante el Diluvio Universal?
- 6.º ¿En qué provincia está Clavijo, dónde se dió la célebre batalla?
- 7.º ¿De quién fué la frase: «Manos blancas no ofenden»?
- 8.º ¿Cómo se llaman las regiones próximas al Polo?
- 9.º ¿Cómo se llamaba el miembro de la expedición de Colón que fué el primero en lanzar el grito de «¡Tierra!»?
10. ¿Qué es el ritmo?

CONTESTACIONES CORRESPONDIENTES AL CUESTIONARIO DEL MES DE JUNIO

- | | |
|--|---|
| 1. ^a Lenguas derivadas del latín. | 6. ^a Católica, protestante y cismática. |
| 2. ^a Yo soy el Señor, tu Dios; no tendrás otro Dios más que a mí. | 7. ^a En los estigmas de sus flores. |
| 3. ^a Un hueso. | 8. ^a De Cam. |
| 4. ^a Ciento dieciséis años. | 9. ^a Magallanes. |
| 5. ^a Teresa Cascajo. | 10. La contemplación del cadáver de la emperatriz Isabel. |

PREMIO CONCEDIDO AL CONCURSO DE «CONSIGNA» DEL MES DE MAYO

Obdulia Camacho Pagés.—Céspedes, 16, Badajoz. *Blanca de Navarra*, de Eladio Esparza.





ORIENTACION PEDAGOGICA

La ciudad y el campo

POR FRANCISCA BOHIGAS



A familia que reside en las ciudades, aglomeraciones urbanas, privadas del contacto directo con la Naturaleza, han abandonado su residencia habitual para acercarse a la obra de Dios: al puro campo.

Como obedeciendo a una consigna interior, cada persona anhela ese aire puro y sin medida; ese cielo noble y grandioso; todos esperaban ese goce supremo que representa evadirse de las obras humanas, de la prisa y del estar fuera de sí para reencontrarse consigo mismo.

La suprema delicia, estar sentado a la sombra de un soto y gozar de la brisa bienhechora. Sin oír teléfono, timbre ni ruido civilizado de ninguna clase.

LAS EXCURSIONES

Verdaderamente es chocante la forma en que se desarrollan las vacaciones. Antes de salir ya

se han planeado los paseos, excursiones, competiciones, trajes..., como si temiéramos encontrarnos a solas cada uno con su conciencia.

Nos quejamos del «vértigo de la prisa», y sin darnos cuenta trasplantamos la ciudad al campo; con nuestros proyectos pretendemos borrar el paisaje en lugar de gozarlo.

Bien está, queridas lectoras, visitar los lugares desconocidos, escudriñar los rincones españoles, conocer gentes y curiosear sus costumbres; pero hacerlo pausadamente, sin fatiga y sin apresuramientos. Dejemos que la Naturaleza, con su aroma y con sus silencios solace nuestra vida veraniega.

¿No comprendéis que si trasladáis al campo las preocupaciones urbanas, los amigos, las reuniones y el nexos social que ese mundo representa, borráis el campo, le cubrís con chafarrinones ciudadanos, sólo podéis verlo por las rendijas que el mundo que transportáis deja libre? Entonces vivís en plena simulación.

¿Sabéis a qué se debe ese arrastrar culpas de

la familia el mundillo en que vive? Sencillamente, a que padecéis, quizás sin saberlo, una esclavitud. Vuestra vida está arraigada de tal modo en el contorno habitual, que no sabe vivir sin él. Y en realidad, quienes así proceder no veranean, porque no se libran de las preocupaciones habituales.

Cuando tomes el coche, el tren, el avión, dejad tras él, con el paisaje urbano, la vida ciudadana. Haced un esfuerzo para entregaros al ambiente que os circunda, nuevo, a cada instante. Sentiros vivir con libertad; sed dueñas del acontecer veraniego; vivid el campo tal como es: sencillo, sincero, constante.

Traed el campo a la ciudad. Me gustaría que os percatarais del benéfico influjo que la Naturaleza ejerce en la vida urbana. ¡Con qué afán buscamos jardines, arbolados, lagos, estanques! ¡Cómo nos deleitamos con el canto de los pájaros, el susurrar de las fuentes, el crujir de las ramas! He aquí pruebas de la necesidad que el ser humano siente de gozar del campo.

Aquellos que por diversas circunstancias no pueden dejar su residencia habitual, también conviene que suavicen el ritmo de sus obligaciones y procuren descansar más horas; salir cuando haya pasado el sol; sentarse un buen rato en algún paseo arbolado. En suma, acercarse cuanto puedan a la Naturaleza. Fortalece el cuerpo y tranquiliza el espíritu.

Evitar, a ser posible, las diversiones en lugares cerrados; se puede gozar de ellas durante el invierno. Las vacaciones de verano empleadlas en reposar vuestro cuerpo y vuestra alma. En tranquilizaros.

La tranquilidad favorece el orden. Cuando se ordena la vida siguiendo un ritmo normal, la satisfacción invade todo nuestro ser: nos sentimos felices. Pero si con nosotros llevamos el mundo de la prisa, ni siquiera resta tiempo para sentirse vivir.

Las maravillas de Dios, si no se contemplan serenamente, no se perciben. La tranquilidad nos acerca al cielo. Nos liberta del torbellino del mundo; no sólo del mundo *exterior*, que con sus intereses nos atenaza, sino también del mundo de las pasiones, que nos hacen esclavas del pecado. Cuanto más libres, más amantes de la obra de Dios. Sólo serenamente podemos amar y comprender a los seres que nos rodean.

Amemos y comprendamos a nuestros familiares; gocemos del placer que proporciona la compañía. A través del amar, todo muestra su belleza; quien no ama no comprende, y quien no comprende se siente irremisiblemente solo.

Haced un propósito. Alejar de vuestro corazón cuanto impida amar. Es cuestión de voluntad; si nos empeñamos en hacer nuestra vida amable, acaba por serlo. Quien derrama amor a su paso, hace amables todas las cosas.

Unas vacaciones que hicieran comprensibles los bienes que la vida nos ofrece, serían un don de Dios. Procurádselas a vuestros hijos.

Cuando volvais al trabajo, notaréis que todo habrá mejorado: será más fácil y más grato. Lo que habrá cambiado será vuestro corazón, habituado a comprender la belleza y la buena intención de cuantos seres pueblan el contorno.





El Renacimiento alemán

POR PILAR GARCÍA NOREÑA



A fines del siglo XIV Alemania entró también en el movimiento de avance y empezó a crear, sobre todo en pintura y grabados, obras admirables. Desde luego no pueden confundirse con ninguna otra, porque los artistas alemanes tuvieron un vigor extraordinario y reflejaron expresivamente el recio carácter de su pueblo. Por desgracia, esto duró muy poco y el desarrollo artístico tuvo que interrumpirse bruscamente. Los pintores alemanes no hicieron frescos en los muros de las iglesias porque no entraba en sus edificios, como en Italia, la clarísima luz del sol. Pintaron cuadros siempre. Y también grabados. Acababa de inventarse la imprenta, que

servía para imprimir libros, grabando las letras en una plancha, mojándola en tinta y luego apretándola sobre el papel. Se les ocurrió entonces que igual podían hacer con los dibujos, y así nació el grabado. Las líneas unidas en el papel marcan las figuras con fuerza y seguridad. Los grabados alemanes fueron muy bonitos y son tan importantes como los cuadros. También se practicó mucho la escultura en madera; esta forma de esculpir, que exige cierta dureza en las formas, va muy bien con el estilo de los alemanes. Ya veremos después cómo también en España esculpieron en madera nuestros artistas más vigorosos. Y ocurrió que la escultura de madera influyó en la pintura y en el grabado y dibujo

también, y así vemos que las figuras en el lienzo o papel parecen copia de aquellas esculturas, con sus pliegues abundantes y profundos y ese aspecto en cierto modo leñoso. Desde luego Alemania estuvo en continuo contacto con los

expresiva que la belleza. En Alemania no había entonces condiciones de vida apropiadas para el nacimiento de un arte delicado; la existencia diaria era dura, trabajosa y muy pronto empezaron las luchas interiores. No había, como en



Una joven. — *Alberto Dürero.*

Países Bajos y las influencias fueron mutuas. Pero también aprendió de Italia; el paso era bastante fácil y los artistas hacían frecuentes viajes. Generalmente se buscó más la realidad

Italia, señores ricos protectores de las artes. También hay que tener en cuenta que todo lo gótico permaneció más tiempo que en otros países, y aun cuando el Renacimiento se impuso,

siguió latiendo su recuerdo. Por ejemplo, usaron durante mucho tiempo los fondos de oro primitivos.

Ya a fines del XIV aparecen escuelas de pintura en Praga y Colonia. Esteban Lochner pintó para la catedral de Colonia la famosa «Adoración de los Magos», que abre el camino de la pintura alemana. Vivía todavía Juan Van Eyck, y sin embargo Lochner no se inspiraba en él, sino que su pintura viene directamente de las miniaturas de los Países Bajos. Este cuadro es como una miniatura en grande, igualmente ingenua y tan devoto y alegre que se ha llamado a Lochner el Fray Angélico alemán. La Escuela de Colonia siguió hasta el siglo XVI imitando a los flamencos, pero sin dejar por eso de ser totalmente alemana.

En Suabia hubo en el XV otro gran maestro, Martín Schongaver, que nos ha dejado la «Virgen de las Rosas de Colmar»; una Virgen muy alemana, grande pero dulce, con los pliegues del manto y la túnica cayendo pesadamente sobre el suelo y, como fondo, un rosal. Sus grabados son mejores.

A principios del siglo XVI el arte alemán se concentró en la ciudad de Nuremberg, donde vivían ricos burgueses no muy elegantes, pero que gustaban de los cuadros expresivos. Fué la ciudad de los artistas, como en Italia, Florencia y después Roma. Todo ello se envolvía en un goticismo encantador, que no llegó a desaparecer antes de que todo se viniera abajo. En estos años hubo tres grandes pintores de personalidad bien diferente: Durero, Hollein y Cranach.

Alberto Durero fué el puente entre lo nuevo y lo viejo, entre el estilo gótico y el renacentista. Fué un hombre inteligente, viajero, amigo de los humanistas. Es el gran genio del arte alemán. Nació en Nuremberg y fué hijo de un platero. Entró como discípulo en el taller de un pintor de poca categoría. Después hizo un viaje por Italia, aquel viaje de estudios que todos los artistas solían hacer para aprender y formarse. Al volver estableció ya su propio taller. Fir-

maba los cuadros y grabados con sus iniciales, una D colocada bajo una A cuadrada y grande. Más tarde volvió a Italia y vivió en Venecia dos años. Por último, cuando tenía ya cincuenta años, fué a los Países Bajos, estudió la obra de los hermanos Van Eyck y al volver pintó sus mejores cuadros.

De este tiempo son los «Cuatro Evangelistas» que hoy guarda el Museo de Munich. Se dice que es lo mejor de la pintura alemana. Tiene esa grandiosa sencillez, tan difícil de conseguir. Las figuras son esculturales, sobrehumanas, los mantos caen en pliegues reales y la actitud tiene una extraña majestad. Hay un cuadro muy del estilo de Durero: la «Adoración de los Magos», del Museo de Florencia; la elegancia se desprecia, pero la enérgica realidad está magníficamente conseguida. En general, Durero, como todos los alemanes, no acertó a pintar el desnudo, que resultaba en ellos o grosero o duro, y no lograba nunca la gracia pagana de las diosas de los cuadros italianos. Sus retratos, en cambio, son de los mejores en toda la historia del arte: retratos de medio cuerpo, exactos y elegantes. Se conservan varios autorretratos —uno de ellos en nuestro Museo—, verdaderamente impresionantes, porque ante ellos nos sentimos frente a frente con la imponente personalidad del pintor, y los ojos claros son tan inteligentes como si todavía vieran. Los grabados de Durero, mil veces reproducidos, son extraordinarios. Poéticos, fuertes expresivos, maravillosamente dibujados. Reflejan además tan bien el ambiente de su país y de su época, que enseñan más historia que muchos libros. Los mejores son «San Jorge», «San Jerónimo y la melancolía», y «El caballero y la muerte».

Holbein es completamente distinto a Durero, mucho más suave, un poco francés quizá. Viajó también mucho y estuvo sobre todo en Inglaterra, donde se ganó el favor de Enrique VIII y pintó muchos retratos en la Corte. En Holbein ha desaparecido ya la piedad medieval y ese primitivismo que Durero conservaba. Su mejor

cuadro es, sin duda, la «Virgen de Darmstadt».

La Virgen, sobre un fondo de hornacina en forma de concha, es bella y sostiene al Niño con singular ternura; no falta realismo, pero se bus-

por los grabados, tan graciosos. En El Louvre está el famoso retrato de Erasmo. Es delicioso el de su mujer y sus hijos, tan real y tan dulce a un tiempo.



Su mujer y sus hijos.—Holbein.

ca la gracia también. A sus pies se postra la familia del burgomaestre que encargó el cuadro, y los retratos son muy buenos. Porque en realidad Holbein es famoso por sus retratos y

Por último, Cranach, que no tiene ninguna semejanza con Durero y Holbein. Es un hombre rudo, con pretensiones de culto y elegante. Fué el único alemán que se atrevió a pintar con

frecuencia desnudos de la mitología, y muchas veces cayó en el ridículo. Pinta frecuentemente para divertir, de un modo grotesco. Sus mujeres tienen los ojos oblicuos y una frente muy grande. Tenía desde luego una gran facilidad y además muchas obras firmadas por él están ejecutadas por sus discípulos bajo su dirección. Sus retratos, de un realismo impresionante, son en cambio tan buenos como los de Holbein o Durero.

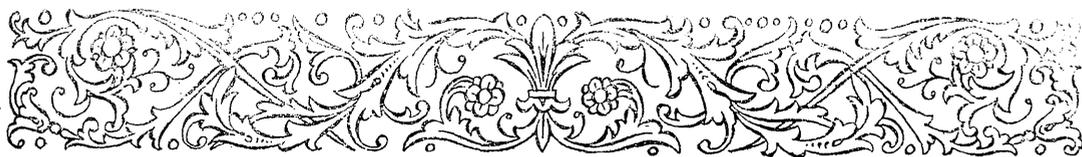
Todavía hubo en el XVI otro buen pintor, Grünewald; es mucho más moderno y realista, usa mejor del color y busca sobre todo agradar a la gente sencilla del pueblo.

En cuanto a la arquitectura, se continuó la tradición gótica, tan bella en Alemania, para los edificios religiosos, y se empezó a usar la ornamentación renacentista en las construcciones civiles, que son incluso muchas veces obra de artistas italianos. El edificio más característico

es el castillo de Heidelberg, todavía gótico de formas, pero con una ornamentación renacentista complicada.

Desde la segunda mitad del siglo XVI el arte propiamente alemán desaparece. Se imitó cada vez más a los italianos. Por otra parte, la terrible lucha entre protestantes y católicos, que se prolongó treinta años, destruyó a Alemania, dividió a sus hombres y cortó la cultura y el arte, haciendo perder la paz de los espíritus. Ni siquiera después pudo el arte rehacerse del todo. Se copió lo que se hacía fuera y no volvió a existir el arte alemán. En gran parte esto se debe a la influencia de Lutero, que no entendía la pintura ni la escultura y quitó las imágenes de los nuevos templos. En cambio amó la música extraordinariamente, y desde entonces el genio alemán se entregó a ella hasta tal punto que los músicos alemanes son los mejores del mundo y a gran distancia de todos los demás.





BIBLIOGRAFIA

BAINVEL, S. J.: *El Inmaculado Corazón de María*.—Biblioteca y Documentación. Valencia, 1949, 330 págs; 25 ptas.

Delicado estudio de la Santísima Virgen bajo los diversos títulos que ostenta María, con el que se llega al conocimiento más íntimo de tan excelsa Madre. Aconsejable para todos los lectores piadosos que posean cultura religiosa.

BROWN, Rose: *Aventuras de dos niños en el Amazonas*.—Editorial Peuser, S. A. Buenos Aires, 1946, 284 págs.; 24 pesetas.

Aprovechando el viaje de dos hermanitos, niño y niña, con sus padres, desde Río de Janeiro a Manaos, la autora da algunos detalles descriptivos de los paisajes, historia y costumbres de los lugares que visitan. Acompañan bellas ilustraciones. Puede dejarse a las Flechas.

KINGSTON, W. H. G.: *El joven rajá*.

Esta narración fantástica e inverosímil se desarrolla en la India. Por su amenidad y por su limpieza moral se puede recomendar a las Flechas Azules.

WALLACE, Egdar: *El misterioso Kupie*.—Colección Misterio. Barcelona, 104 págs.; 5 ptas.

El misterioso personaje que se esconde bajo el pseudónimo de Kupie no es sino un estafa-

dor, jefe de una banda que se dedica al chantaje, hasta que es descubierto por la policía. Muy entretenida por la diversidad de personajes y aventuras. Pueden leerla todas.

ARMENTIA, Francisco S. M.: *Mi primera comunión*.—Editorial Perman. Madrid, 1948, 151 páginas; 14 ptas.

El autor, profundo conocedor de los niños, ha escrito este libro con el fin de prepararles en forma sencilla y amena a este acto tan importante. El libro tiene una introducción dedicada a los sacerdotes, padres y catequistas que hayan de adoctrinar las almas infantiles, y luego explica en 47 lecciones, destinadas a los niños, las fórmulas de memoria, lecturas, poesías, cantares, etc., con toda claridad. Acompañan grabados, que hacen el libro sumamente atractivo.

SOLER, Monseñor Mariano.: *Catolicismo y protestantismo*.—Editorial Difusión. Buenos Aires, 1945, 242 págs.; 10 ptas.

Este tratado está destinado a combatir los ataques del protestantismo en cuanto éste tiende al libre examen, el cual destruye el dogma y la moral y destaca la suprema jerarquía de la Iglesia Católica, por ser la verdadera, y se relatan todas las calumnias y prejuicios protestantes. Escrito con claridad y de fondo interesantísimo, es libro recomendable para todos.

CALLEJA, Juan José: *Los Monjes Blancos del Valle*.—Editorial Aldecoa. Burgos, 301 páginas; 30 ptas.

Estampas de la vida de los monjes cistercienses en el Monasterio de San Pedro de Cardaña, realizadas por el autor, que convivió durante algún tiempo con los Monjes Blancos con un permiso especial. Introduce la obra una historia de la Orden con las evoluciones y reformas sufridas desde su fundación.

Muy interesante este libro por descubrirnos la auténtica vida del Císter, de la cual corre más de una leyenda, que acepta el vulgo sin ninguna duda, y que son infundadas. Recomendable para todas, por la ejemplaridad de esas vidas consagradas a Dios.

MADARIAGA DE BELDERRAIN, Rosario: *Senda de abrojos*; 12 ptas.

Novela muy entretenida, que gustará a las jovencitas. No tiene inconvenientes morales; por

el contrario, es recomendable para Flechas Azules.

KIPLING, Rudyard: *Cuentos de la Alta India*.—Editorial Zigzag. Santiago de Chile, 131 páginas; 5 ptas.

Varios cuentos de temas indios, en los que, debido a que algunos de ellos presentan algún escepticismo en materia religiosa, no conviene a lectores demasiado jóvenes. Lectoras mayores de veinte años y con criterio formado.

LEROUX Gastón: *El perfume de la dama de negro*.—Editorial Zigzag. Santiago de Chile, 249 págs.; 6 ptas.

Interesante novela por la intriga de la trama y lo inesperado del final, manteniéndose el interés del lector desde el principio al fin.

Pueden leerla todas las lectoras desde los dieciocho años.





HOGAR

GUERRA A LAS MOSCAS

La casa de la ciudad quedó atrás, escrupulosamente limpia, envuelta en fundas y oliendo un poco a D. D. T. y a naftalina. Acabáis de empezar vuestro veraneo, un poco vuestras vacaciones también, y sonreís satisfechas, pensando en el bien ganado descanso de que vais a disfrutar. Todo ello me parece muy bien, pero no olvidéis que vuestra responsabilidad de «amas de casa» permanece siempre y que no podéis olvidaros de ella. El campo os permitirá más tranquilidad y menos atención en algunas cosas, pero, en cambio, os exigirá para otras un cuidado especial. La guerra contra las moscas es una de ellas. La mosca, desde la familiar «mosca doméstica» hasta la repugnante «mosca de caballo», es una de las mayores enemigas del ama de casa. El menor grave de sus inconvenientes es lo pegajosas e insoportables que se ponen en los días de calor; no sólo por sus crías y por la porquería que dejan en espejos, bronce, cristales, etc., con el trabajo que representa limpiarla, sino porque constituye, por los millones de gérmenes peligrosos que lleva consigo y que deposita en los alimentos sobre los que se posa, un serio y permanente peligro para la salud. La «mosca doméstica» pone sus huevos en las deyecciones humanas o de animales, sobre todo en los estercoleros. Esto explica su progresiva desaparición de las

ciudades y, en cambio, su permanencia en el campo. La mejor manera de combatir las es, naturalmente, atacándolas allí donde se producen; pero dentro de las casas no hay más procedimientos que los ya conocidos. Los papeles «atrapamoscas» son muy desagradables a la vista, lo mismo que las trampas con agua jabonosa; la paleta para matarlas, muy práctica... si se tiene buena puntería; pero, en realidad, lo más útil es cualquiera de las soluciones que en el comercio venden a base de D. D. T. Pulverizando bien no sólo los insectos, sino las paredes y los lugares donde con más frecuencia se posan, se logra la casi desaparición de los bichos.

La mosca del queso, más pequeña que la mosca común, se distingue por el hecho de que sus alas en reposo se recogen a lo largo del cuerpo, en vez de separarse en forma de V, como es el caso de las demás moscas caseras. De los huevos que ponen sobre el queso, manteca, jamón, salchichas, etc., nacen unos gusanos pequeñitos, afilados y translúcidos, que tienen la particularidad no sólo de andar arrastrándose, sino de saltar. Poniendo su cuerpo en forma de anillo, la cabeza contra la barriga, se distienden luego como un resorte, lo que les permite saltar a una veintena de centímetros. Estos insectos son muy prolíficos y su multiplicación muy rápida. Una vez

instalados en algún sitio, son de muy difícil eliminación. Como varios de los alimentos en que estos gusanos se crían se comen crudos, los gusanos ingeridos con los alimentos continúan viviendo en el tubo digestivo, donde pueden producir inflamaciones y aun hemorragias. La única forma de luchar contra ellos es utilizando el D. D. T. para exterminar las moscas que los producen, destruir por el fuego los alimentos contaminados, y las antiguas, pero inapreciables, cubiertas de tela metálica no deben olvidarse nunca para proteger los alimentos.

La mosca de caballo, tanto las grises, como las verdes, como las azules, son repugnantes y además muy peligrosas. En enjambre sólo suelen encontrarse cerca de los mataderos o donde hay cadáveres de animales abandonados. Hay que preocuparse, sobre todo, de proteger contra sus «puestas» aquellos alimentos que más prefieren, esto es: carnes frescas o cocidas, charcutería y también los quesos. Cuando los alimentos están cubiertos con tela metálica, es preciso vigilar que los vulnerables queden a una cierta distancia de la dicha tela metálica; esta precaución es indispensable contra la variedad gris de estas moscas, ya que de ella nacen no huevos, sino larvas vivientes, muy ágiles desde el primer instante y capaces de atravesar por sus propios medios la distancia que las separa (si no es mucha) de aquello que para ellas representa un gran festín. La forma eficaz de luchar contra ellas es, como en las otras variedades, el D. D. T.

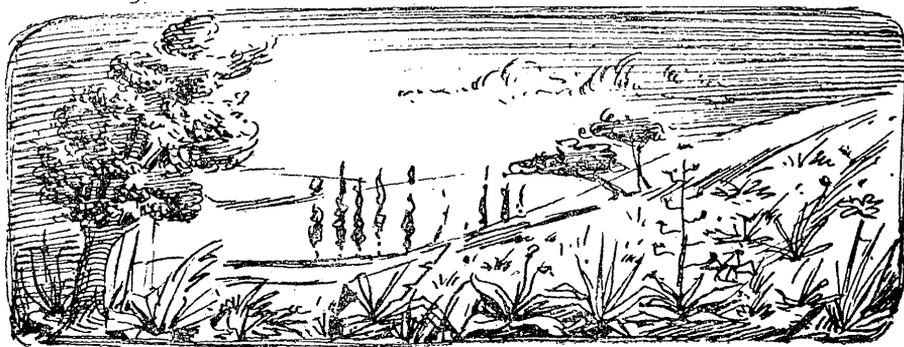
Tened en cuenta, como decíamos antes, que para que el D. D. T. surta su efecto no es pre-

ciso que toque al pulverizar el bicho que queréis matar y que nos es conveniente pulverizarlo al aire en el centro de la habitación, pues en este caso cae al suelo, donde rara vez se posa una mosca, y no surte efecto ninguno, salvo en aquellos casos en que el preparado contenga además de dicloro, difenil, tricloroetano (que son la base de todos los D. D. T.), algún otro preparado que atonte inmediatamente las moscas y las haga caer al suelo, donde el D. D. T. termina su obra. El D. D. T. debe pulverizarse directamente sobre paredes, puertas, muebles, cristales, cortinas, lámparas, etc., y abundantemente. Todos los insectos que se posan sobre las partes pulverizadas (el D. D. T. conserva su eficacia durante algunas horas) morirán irremisiblemente al poco rato. Si en la casa de campo donde eventualmente estáis hay algún establo o estercolero, mientras permanezcáis en la casa es conveniente pulverizar D. D. T. directamente sobre ellos para evitar la reproducción de nuevas generaciones de moscas. Este producto no es venenoso para perros, gallinas, etc.

Además de cuanto llevamos dicho, una perfecta limpieza de la casa, cuidando de que ni suciedad ni basura permanezcan en ella, y dejar las habitaciones, una vez arregladas, a media luz, impide que estos animales entren en ella.

En aquellos lugares donde, por haber agua potable estancada, hay mosquitos, el D. D. T. es inapreciable, ya que permite, una vez bien pulverizadas paredes, muebles, etc., del dormitorio, dormir con la ventana abierta, sin el peligro que tienen otros preparados contra los mosquitos que al evaporarse pierden su efecto.

HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO



«Para cuestas arriba...»

POR MARÍA ESTREMER DE CABEZAS

MAL, muy lamentablemente mal se ha presentado esta campaña para los colmeneros; en algunas regiones por la sequía, que ha anulado floraciones o ha reducido a tal límite la secreción de néctar, que prácticamente no se ha notado en las colmenas incremento de provisiones, aun viendo en sus inmediaciones la alegría de los pétalos abiertos. En otras comarcas, en doloroso contraste, el exceso de lluvia durante la más importante de sus mieladas, como ocurrió en el bello Levante con el naranjo, ha hecho casi imposible el trabajo de pecorea de las infatigables abejas, y, de una parte, por las pocas salidas de la colmena que podían realizar; de otra, por encontrar en los nectarios secreciones excesivamente acuosas, y, en consecuencia, muy pobres en azúcares, el resultado ha sido recolecciones mínimas en primavera, debilitación de las poblaciones al punto de ocasionar la despoblación en muchas cajas y cosecha total reducidísima; en algunas comarcas enteramente nula.

Ni aun aquellos colmeneros habituados y diestros en la trashumancia han podido obtener un buen producto; es más, en ciertos emplazamientos donde otros años llenaban bidones y bidones de sabrosa miel, no han cubierto siquiera en el presente los gastos de transporte de día en día más elevados.

Al terminar el mes de mayo me dominaba el pesimismo, tanto por lo que veía en mis colmenares como por las noticias que me traía el correo de muchos y dispersos lugares; pero la floración del espliego se ha presentado magnífica en las sierras y montes donde abunda tan melífica planta, y si bien el beneficio no alcanza a mis colmenas, por no tenerla a su alcance, recobré la esperanza de una campaña aceptable para cuantos se puedan beneficiar de ella.

No ha sido sólo la irregular distribución de lluvias el enemigo de los apicultores; mayor daño ha causado a las colmenas los anormales cambios en las temperaturas. La invernada, la verdadera invernada, casi no se ha notado. En

enero y febrero se adelantó en todas las regiones la floración de los almendros y, como consecuencia natural, la nueva cría se inició espléndida; pero abril, y sobre todo mayo, han registrado mínimas absolutamente desusadas, dándole la razón al viejo refrán: «Cuando marzo mayea, mayo marcea», y el resultado ha sido catastrófico para las poblaciones abejiles que consumieron prematuramente la mayoría de sus reservas alimenticias en dar vida a miles de obreritas, y ni éstas han tenido después campo donde desarrollar su siempre incansable actividad, ni han podido, a pesar de todos sus esfuerzos, aportar alimentos suficientes para que continuara normal el ritmo de nacimientos y nuevas generaciones las sustituyeran en su entusiasta labor de enriquecer la despensa familiar.

Pero este malísimo año apícola nos ofrece de modo claro y evidente la lección de cuán superior es, para la explotación de esta pequeña industria, la colmena moderna de cuadros móviles frente al antiguo dujo de corcho, paja trenzada o tablas. Cuantos colmeneros fijistas, apegados a los antiguos métodos, sientan verdaderos deseos de continuar explotando colmenas, ya por cariño a las abejas, ya por no convenirles prescindir de los ingresos que la miel les proporciona, deben convencerse de mi anterior afirmación con sólo echar una mirada atenta a los distintos colmenares donde puedan llegar sus ojos y abrir los oídos, recibir noticias de otros más distantes, comprobando bien cuanto de ellos les digan. Después de tal información, mediten un poco y anoten en un papel las cifras resultantes de su información, y estoy segura de que todos, absolutamente todos, obtendrán como resultado la evidencia de que han perecido en este año un número proporcional de colmenas fijistas mucho mayor que de movilitas, y también comprobarán, si hacen sus pesquisas de buena fe, y con deseo de reunir datos exactos y verdaderos, que en aquellos colmenares movilitas diestramente atendidos, cuyos dueños saben

lo que traen entre manos y prestan a las abejas cuantos auxilios recomienda la ciencia apícola, y saben hacer esto con buen arte y sin pereza, no ha muerto apenas ninguna colmena y han obtenido una cosecha más cercana a la normal que en aquellos de los troncos de corcho o aún de cajas mal comprendidas y peor llevadas.

«Para cuestas arriba quiero mi mulo, que las cuestas abajo yo me las subo», dice un antiguo refrán, sabio como la mayoría de ellos, y conviene recordar tal enseñanza en los momentos difíciles, tanto por accidentes meteorológicos como los sufridos, como por la imperativa necesidad actual que a todos los humanos, sin diferencia de raza, latitud, ni bandera, nos fuerza a obtener de nuestras actividades mayores rendimientos, mucho más se si trata de industrias extractivas y de productos alimenticios en mayor grado.

Por las desdichas sufridas por la pobre Humanidad en justo y doloroso castigo a su olvido de los Santos Mandamientos, estamos en un momento en que, para no perecer todos de hambre, es imprescindible aumentar la producción cuanto posible sea, y acaso algo más de lo que sea posible.

La apicultura no puede desoir esta orden imperativa, y menos la apicultura española, pues nuestro país ha sido siempre el que mejor miel ha producido, y en cuanto a cantidad, en estadísticas anteriores a la gran catástrofe de la guerra mundial, figuraba como la segunda nación productora, y es indispensable alcance ahora el primer lugar, ya que la Providencia y Franco nos han salvado de intervenir en tal catástrofe.

Si los propietarios de colmenas ponen cuanto de su parte esté para asimilar y llevar a la práctica todas las enseñanzas que se están prodigando por todos los organismos estatales y provinciales, y atienden y se fijan en cómo la realidad de cada día les demuestra las ventajas de una completa modernización de sus explotaciones, rigiéndolas con arte, ciencia y conciencia

que como premio les asegura salvar con relativamente poco quebranto los años malos y obtener mucho mayor rendimiento en los medianos y buenos, España puede ser en poquísimos tiempo la primera nación productora de miel de Europa, y explotando bien su enorme riqueza

floral, imponer su miel en los mercados extranjeros, con lo cual tendremos medios de comprar aquellos productos que dentro de casa no podemos fabricar y nos son también indispensables para recuperar una vida cómoda, fácil y agradable.



Calendario del apicultor

AGOSTO

Salvo en las regiones altas, donde en este mes se cubren los montes y cerros de flores de espliego, ajedrea o brezo, es este mes, en la gran mayoría de los colmenares españoles, de descanso forzoso para las abejas, que si bien salen con las primeras luces del alba de sus casitas, retornan con el buche vacío y sin lucir en las patitas las vistosas bolitas de polen.

Mes de calor, obliga al apicultor a proporcionar a sus colmenas sombra protectora. Esto es indispensable, pues por muy bien construídas que estén con buenos materiales, el aislamiento que éstos producen no es suficiente por sí solos, y los rayos del sol, cayendo durante muchas horas sobre las paredes de madera y el techo, casi siempre de chapa de metal, eleva de tal modo la temperatura interior de la casita, que las pobres abejas se ven obligadas a colgarse de la piquera y esparcirse sobre la pared exterior, formando lo que llamamos en términos colmeneriles «la barba», tanto para disfrutar de un poco de brisa como para proteger con sus propios cuerpos a la colmena del sol abrasador. El signo de las

abejas haciendo barba es la llamada imperativa al colmenero para que resguarde las cajas con un sombrero por mísero que éste sea, y pueden bastar en ocasiones unas cuantas cañas o brazaos de paja colocados sobre ellas para devolverles la posibilidad de la vida, pues si el excesivo calor hace que se rompa y hunda algún panal manteniendo miel, es casi segura la pérdida de esta colmena y aún de las vecinas, que serán víctimas de pillaje.

En este mes, en las localidades donde no hay floración, se restringe la puesta y llega a ser nula; conviene tener esto en cuenta para no alarmarse si se encuentra alguna en tales condiciones, pues no es por sí solo indicio de orfandad.

Mucho cuidado con la polilla, que en este mes se desarrolla abundante y hace terribles estragos en las colmenas. Si a éstas han dejado los panales procedentes de extracción realizada en el mes anterior, la vigilancia debe ser mucho mayor, y si se tienen almacenados en casa, no olvidar el azufrarlos de cuando en cuando.



INDUSTRIAS RURALES

MES DE AGOSTO



CALENDARIO SERICICOLA

Encaja en el grupo de Ciudad Real, Toledo y Madrid

Celebración de un acto público con asistencia de autoridades locales, en el que se haga entrega de los premios concedidos, siempre que las circunstancias lo aconsejen.

Atenciones culturales en los viveros.

Encaja en el grupo de Avila, Gerona, Huesca, Lérida, Tarragona, Teruel y Zaragoza

Confección de una Memoria detallada de la campaña sedera, proponiendo la concesión de premios a las Escuelas y a las pequeñas que más se hayan distinguido por su trabajo y resultado de las crianzas que se les haya encomendado, y a los particulares que los merezcan. Si los resultados fuesen satisfactorios, darles la mayor

publicidad utilizando la prensa y radio locales
Atenciones culturales a los viveros.

Encaja en el grupo de Alicante, Almería, Baleares, Cádiz, Castellón, Córdoba, Murcia, Tenerife, Sevilla, Valencia, Badajoz, Cáceres, Granada, Jaén, Málaga, Albacete y Barcelona

Mes para descanso, sin abandonar las atenciones de los viveros.



CALENDARIO AVICOLA

La puesta continúa decreciendo; las gallinas viejas dejan de crecer a consecuencia de la muda, pero las pollitas nacidas de enero a marzo comienzan la puesta y dan huevos hasta la entrada del invierno.

Abundan mucho las cluecas, que aprovecharemos si queremos disponer de pollería tierna en invierno.

Alimentación.—La muda se generaliza y la

puesta se reduce, continuando la de las pollas tempranas.



CALENDARIO CUNICOLA

Se dejarán en reposo absoluto los reproductores.

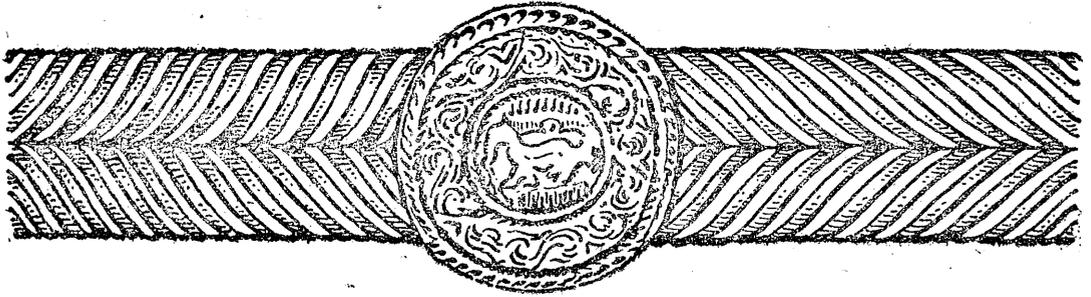
Los gazapós serán objeto de una mayor atención, poniendo en jaulas individuales a todos los que tengan más de tres meses y cuidando de que en las gazaperas no haya aglomeración. Recordaremos siempre que el calor es un enemigo mortal de estos animales y es conveniente aliviarles de él cuanto nos sea posible.

No debe faltarles agua.

Se venderán los animales que no interesan para la reproducción.

Empieza la muda, lo que tendremos en cuenta para suministrarles alimentos grasos.





CIENCIAS NATURALES

Los portadores de los caracteres de los seres vivos

POR EMILIO ANADÓN



A rama de la Biología que más ha progresado en estos últimos años es indudablemente la que estudia la transmisión de los caracteres específicos de padres a hijos o herencia de los caracteres, la llamada «Genética» y la que estudia la localización de estos caracteres en las células gérmenes, rama de la anterior y de la Citología, la «Citogenética».

Es verdaderamente maravilloso, y siempre ha preocupado este problema al hombre, cómo de una yema de huevo de gallina, por ejemplo, aparentemente sin estructura o casi sin ella, puede nacer un pollito que tiene una complicación extraordinaria. Las opiniones antiguas sobre la explicación de este hecho las podemos dividir en dos tendencias: unas suponían que en el interior del huevo se encontraba ya formado, aunque microscópico o por lo menos no visible, el nuevo ser. Son las teorías «preformistas». Otros suponían que el huevo carecía de estructura al-

guna; era, por decirlo así, la arcilla con la que el medio exterior al huevo o un espíritu vital modelaría el nuevo ser. Pero los estudios modernos sobre estas cuestiones se apartan fundamentalmente de aquellas explicaciones, aunque se puede encontrar cierto nexo con ellas. Hoy se admite que en la formación de los caracteres del nuevo ser originado por una célula germen, interviene fundamentalmente el núcleo celular; mejor, determinadas partes de él llamadas «genes», acompañada, regulada o condicionada su acción por el ambiente que rodea el germen y por la distribución de las materias formativas en éste.

Los estudios sobre los que se han apoyado estas opiniones son fundamentalmente los de la herencia de los caracteres y el de la célula, sobre todo en lo que concierne a la reproducción celular. No podemos entrar aquí en muchos detalles de todos los procedimientos utilizados para profundizar en el conocimiento de los portado-

res de los caracteres o genes, ni tampoco en su estructura, pues además de ser bastante complicado, muchos de ellos requieren una preparación especial para su comprensión completa. Por ello nos limitaremos a la exposición de algunos procedimientos y las conclusiones más interesantes a que se ha llegado con ellos.

El núcleo de las células despliega su actividad reguladora y determinante de los caracteres, mientras la célula se encuentra en período de reposo de las divisiones que sufre. Antiguamente se llamaba al núcleo de este estado «núcleo en reposo» paradójicamente, pues en realidad es entonces cuando despliega mayor actividad. Modernamente se designa en este período con nombres más apropiados «núcleo metabólico», «núcleo activo», etc. La estructura de este núcleo es aparentemente muy sencilla; una vesícula limitada por la membrana nuclear, de contenido aparentemente líquido, en el que se encuentran uno o más globulitos, los núcleos. Pero estudiando este núcleo en células muertas y teñidas, aparecen otras estructuras más complicadas; es ya clásica la descripción en él de una red de una sustancia que se tiñe con facilidad y fuertemente: la «cromatina». En realidad, ésta es una estructura artificial, puesto que según los distintos métodos de matar y fijar la célula utilizados, varía y cambia de aspecto. Sin embargo, utilizando métodos especiales, y en determinados casos también en vivo, es posible demostrar que en el núcleo se encuentran varios, filamentos largos, más o menos arrollados en espiral, y en los que se encuentran los portadores o determinantes de caracteres, los genes. Estos filamentos, independientes en general unos de otros, reciben el nombre de «cromosomas». Cuando la célula se reproduce dividiéndose en dos, el núcleo sufre una serie de cambios que se reconocen con el nombre de mitosis, debido a que se forman unos filamentos macizos, los cromosomas. Estos cromosomas corresponden en número a los distintos cromonemas que tiene el núcleo. Pues bien, es en estos cromosomas don-

de se empezaron a estudiar los genes y determinantes, aunque más tarde se vió que lo realmente importante no era el cromosoma, sino el cromonema, filamento que se encuentra arrollado en doble espiral en el interior del primero y envuelto en una especie de vaina o matriz.

En estos cromonemas se encuentra una serie de engrosamientos que se colorean con facilidad y se llaman «cromomeros». Pues bien, en estos cromonemas es donde se encuentran los genes.

¿Cuál es la composición química de estos genes? Parece que se debían encontrar en el interior del núcleo sustancias orgánicas complicadísimas, puesto que regulan también los procesos más complicados de la vida; pero paradójicamente se encuentran compuestos relativamente sencillos, más sencillos, por ejemplo, que la albúmina de la clara de huevo, que no «vive», o la hemoglobina, que da color rojo a la sangre. Esto desconcierta, y para explicar los hechos es necesario suponer que estos compuestos sencillos se forman por desintegración de otros más complejos, pero formados indudablemente por ellos. Sin embargo, hay que reconocer que, a pesar de todo, la composición química del núcleo no corresponde ni revela la complejidad de los procesos que dirige y regula. Estos compuestos son los albuminoides «protaminas» e «histonas», y los ácidos nucleicos, compuestos de ácido fosfórico, un azúcar y una base parecida al ácido úrico. Estos ácidos nucleicos son los que hacen tan coloreable la cromatina y cromosomas. Pues bien, a estos ácidos nucleicos que constituyen la cromatina es a los que antiguamente se les atribuían las propiedades de los genes. Otra cosa paradójica, pues estos ácidos nucleicos aumentan y disminuyen de forma variada en el núcleo, en cantidad, y no podemos considerarlos como estructuras permanentes como necesariamente tienen que ser los genes. Actualmente domina la idea de que los genes se encuentran en la parte no coloreable, «linina» o parte proteínica del

cromonema. Se considera que esta parte constituye «cristales» alargados, completamente distintos, por ejemplo, a un cristal de cuarzo o de cualquier otra sustancia mineral u orgánica, pues son cristales «aperiódicos». Esta palabra requiere una explicación. En efecto, la estructura de un cristal de cuarzo se puede suponer originada por una «celdilla» o grupo fundamental de átomos que se repite en todas direcciones a intervalos regulares o períodos que varían según la dirección que tomemos. Pues bien, el cromonema sería un cristal en el que, en lugar de repetirse la misma celdilla, a cada intervalo se encontraría una distinta, que sería el gene. No se repetiría una celdilla periódicamente en él, y por eso recibe la calificación de «aperiódico».

¿Cuál es, pues, la misión de los ácidos nucleicos que constituyen la cromatina? Dos son las funciones que se les asignan, de indudable importancia desde luego. Una, el poder duplicar los genes, cosa necesaria, pues en una división celular, cada célula hija tiene que llevar los mismos genes. Serían, por lo tanto, fermentos productores de proteínas y autorreproductores, pues parece que pueden regenerarse a sí mismos también. Otra, la misión de protección de las partes activas de los genes cuando en la división desaparece la membrana nuclear, o mejor protección del citoplasma, que se pone en contacto con los cromosomas, de su acción. Por esto, los «cronomeros» coinciden en situación con los genes, ya que sobre sus partes activas se depositan estos ácidos nucleicos y los hacen tangibles.

Finalmente, aunque se ignore por completo la estructura química de estos genes, se ha tratado de determinar su volumen y dimensiones por varios procedimientos, pues este volumen puede servir de indicio de su composición. Por diferentes procedimientos se ha calculado que en la

mosca de las frutas un gene tiene un volumen de 45.000 millonésimas de milímetro cúbicas, es decir, 45 trillonésimas de centímetro cúbico. Son, pues, tan pequeños, que son invisibles al microscopio ordinario. Pero lo curioso es que no todo el gene es activo y determinante de los caracteres, sino sólo una pequeña parte de él. Esto se ha comprobado en la mosca de las frutas por medio de los rayos X y radiaciones producidas por los cuerpos radioactivos. Sabido es que todas radiaciones están formadas por partículas más o menos grandes, fotones, electrones, neutrones, etc., y éstos, lanzados a enorme velocidad sobre una célula, chocan con sus átomos y moléculas, modificándolos y a veces destruyéndolos. Estas modificaciones se manifiestan en el ser exteriormente, pues los determinantes influyen sobre él. En efecto, bombardeando con rayos X moscas de las frutas, se comprueba que entre su descendencia se encuentran individuos anormales, con ojos en forma de barra, por ejemplo. Como el número de modificaciones depende únicamente del poder de los rayos utilizados, se puede calcular con este dato el tamaño del grupo activo del gene, que resulta mucho más pequeño que el total. En efecto, su volumen es sólo de 32 cientrillonésimas de centímetro cúbico, y su diámetro, de 2 a 4 millonésimas de milímetro. En total este grupo está compuesto de sólo unos 1.000 átomos, siendo menor, por lo tanto, que una molécula de albúmina de clara de huevo. Si nos fijamos en esta estructura, veremos que es muy parecida a la de los fermentos, pues también en ellos existe un grupo activo sostenido por otro grupo, un «portador», mayor que aquél. Aún el gene también tiene un portador mayor que el grupo activo. Sin embargo, falta todavía mucho para poder explicar el mecanismo de la vida de los genes sobre la célula y su poder autorreproductor.



SANIDAD

Medios higiénicos para evitar las enfermedades contagiosas en la escuela

POR EL DR. BLANCO OTERO

LA primera medida que se ha de tomar es el aislamiento de los enfermos o presuntos contagiosos, puesto que no sólo propagan las enfermedades los enfermos, sino también los que, aun sin serlo, pueden estar incubando la enfermedad. Y como quiera que existen enfermedades que son contagiosas durante el periodo de incubación, ha de tenerse esto en cuenta para separar a los hermanos de los enfermos afectos de enfermedades incluídas en este grupo. Otras, como se ha visto en la lección anterior, verifican su contagio no sólo durante el tiempo que dura su enfermedad, sino también durante la convalecencia, por lo que, en este grupo, interesa hacer el aislamiento después de pasado el proceso. En las enfermedades que se transmiten por contagio indirecto, no es necesario recurrir al aislamiento de un modo absoluto, aun cuando es preciso que dichos enfermos no asistan a la Escuela, porque siendo difícil reglamentar a los niños en las normas higiénicas, puede verificarse el contagio de un modo indirecto.

En el medio familiar es fácil hacer el aislamiento, y en los internados se hace utilizando salas especiales para que los niños no estén con los demás de la colectividad.

En algunos casos es preciso recurrir al cierre de la Escuela, pero esto sólo se hace ante epidemias muy grandes e intensas.

La desinfección sólo es precisa para aquellas enfermedades que se transmiten de modo indirecto, por objetos, esputos, etc. No es preciso en el sarampión ni en la tosferina, pero sí en la escarlatina y la fiebre tifoidea. Con los objetos que no sea necesario conservarlos lo mejor es destruirlos, y con los que esto no pueda hacerse, se desinfectan por las estufas de esterilización o con desinfectantes, como el agua de Javel. Los libros, juguetes y cuadernos que han tenido contacto con las secreciones y excreciones deben ser quemados.

La desinfección de locales se hace por medio de sustancias microbicidas, utilizando vapores de aldehído fórmico, con soluciones de sublimado al 1 por 1.000 (este último es de poca efica-

cia) y con soluciones de Cresol al 5 por 100. La mejor desinfección se realiza por medio de las vaporizaciones de ácido cianhídrico (cianhidrización), pero este último, que es el más seguro, sólo puede hacerse por las Autoridades sanitarias o por Casas especializadas, ya que dicho gas es mortífero. Los retretes y bacines se desinfectan con sulfato de cobre al 50 por 1.000 o con Chesol al 50 por 1.000, particularmente en los casos de fiebre tifoidea.

Los enfermos sospechosos de contagio necesitan ser vigilados y que se les haga la desinfección de garganta y nariz por medio de gargarismos, pulverizaciones y pomadas antisépticas.

La esterilización propiamente dicha se reserva para la desinfección de las ropas, ya que en las estufas secas se destruiría.

También en casos de epidemia de fiebre tifoidea y de disentería se esteriliza el agua de bebida.

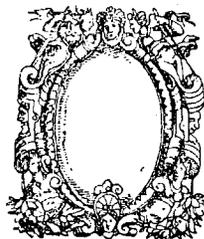
Complemento de estas medidas son los cuidados que han de tenerse con los enfermos, las medidas que debe tomar la enfermera con ella misma y con la habitación del enfermo. En cuanto al primero, se aislará hasta que se establezca un diagnóstico exacto, a todo niño que presente síntomas de enfermedad, particularmente catarro nasal, porque la mayor parte de las enfermedades infecciosas de contagio directo comienzan por este sencillo síntoma, lo mismo el sarampión que la parálisis infantil.

La enfermera vestirá siempre bata y gorro

blancos, cuidando de desinfectar sus manos con buen enjabonado y con solución de sublimado al 1 por 2.000, desinfectando perfectamente todo el material que haya utilizado con el enfermo.

La habitación del enfermo ha de ser clara, bien aireada y si es posible soleada. El suelo se desinfecta con solución de ácido fénico en la proporción de un gramo para 40 de agua, no barriendo el piso, sino pasando un paño húmedo dos veces al día, además de su fregado correspondiente. Se prescindirá de todos los objetos y ornamentos que no sean precisos en la habitación. Cuando el enfermo abandone la habitación se abren puertas y ventanas, se desinfectan todos los objetos, hirviéndolos, y para el mobiliario, suelo y muros se emplean las soluciones de ácido fénico antes indicadas o soluciones de sublimado al 1 por 1.000 lavándolo todo con agua caliente y jabón. Las ropas se hacen esterilizar y los objetos de uso no preciso se destruyen. Más cómodo es recurrir a la cianhidrización.

Con respecto al cuidado de los enfermos, se seguirán estrictamente las normas dadas por el médico, pero en general conviene tener en cuenta que los pacientes no abandonarán el lecho hasta una semana después de la desaparición de todos los síntomas de la enfermedad; que no harán excesos alimenticios; que se les permitirá beber cuanta agua quieran, vigilando la cantidad de orina eliminada en las veinticuatro horas y se cuidará mucho de la limpieza de la boca.





DECORACION

1.—Hemos quitado de las casas alfombras y cortinajes pesados; es necesario decorarla de nuevo en consonancia a la estación en que estamos y de la manera más económica posible.

Aprovechemos para ello una de las plantas

más abundantes en esta época: la hiedra. Ved con esa planta tan corriente de qué manera podemos decorar ciertos rincones y huecos, dando a la casa cierto aire de frescor y alegría veraniega.

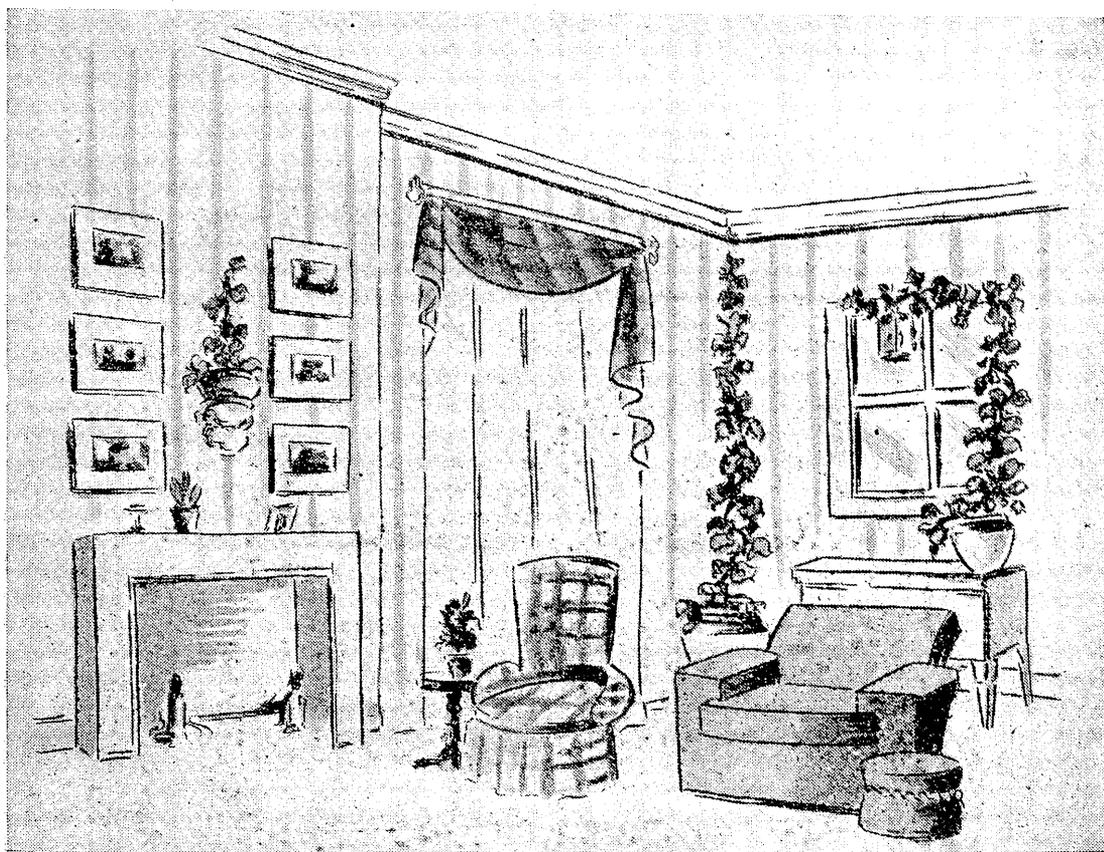


Fig. 1

Fig. 2 →

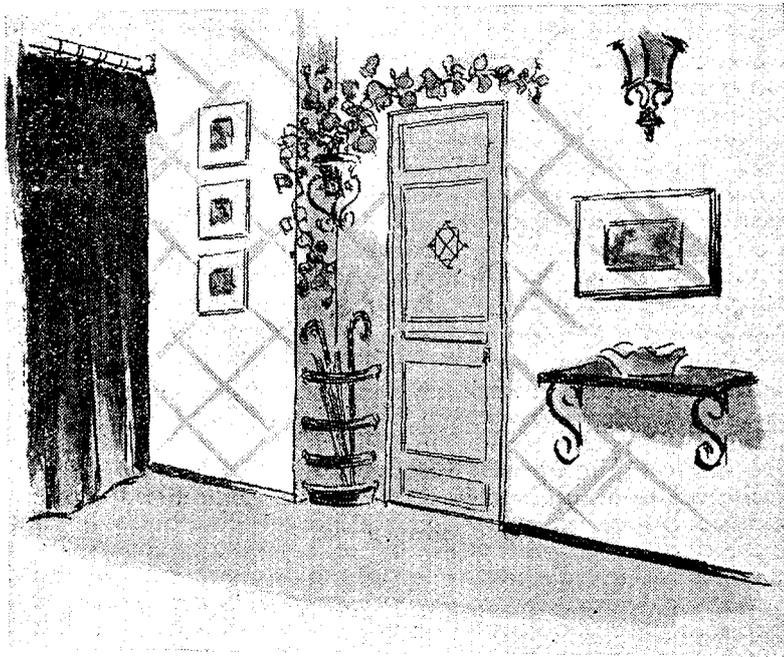
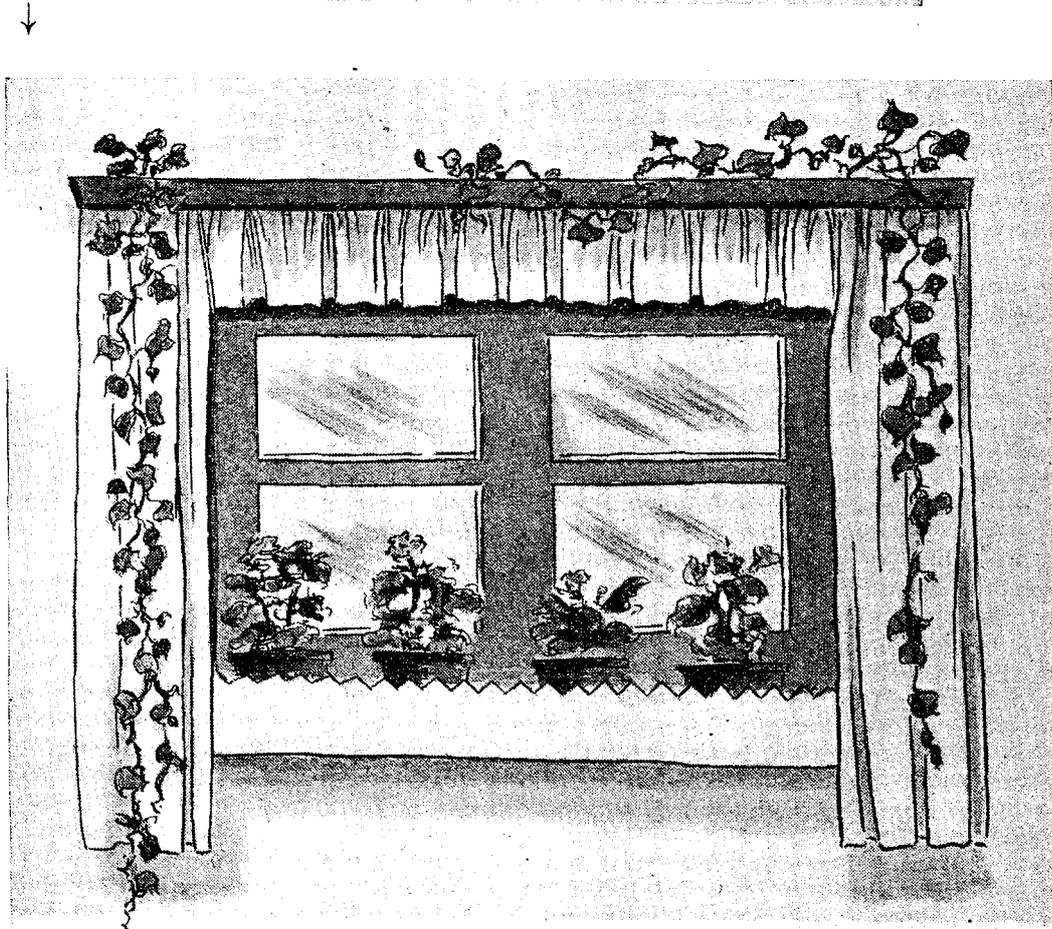


Fig. 3



2.—Si el pasillo tiene un recodo de esos que hacen tan feo, podéis hacer de él un paragüero en la forma que os indica el dibujo, colocando una maceta de hiedra en un soporte de hierro. Con

cajón, donde colocaréis unos tiestos de hiedra, que colgarán sobre las cortinas de percal blanco. El marco de la ventana y la galería se pueden pintar de verde. En otro cajón, y colgado debajo

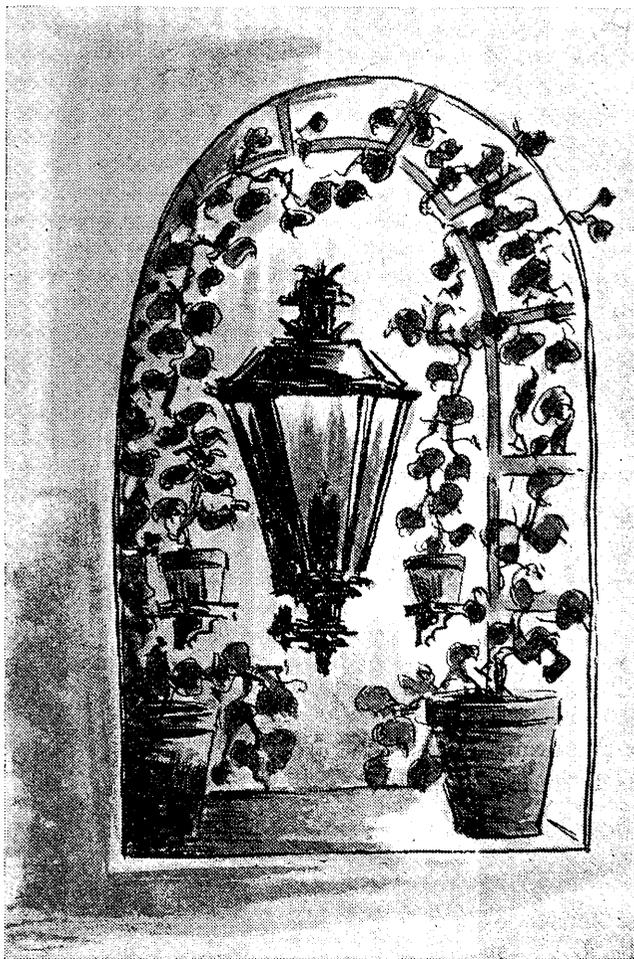


Fig. 4

unos grabados y una consola de hierro, cuyo tablero puede ser de mosaico, tendréis decorado este pasillo.

3.—Para adornar las ventanas, mandar hacer una galería de pino, que disimulará un pequeño

de la ventana, pondréis tiestos con flores, que pueden ser geranios.

4.—Si en tu casa tienes un nicho en el pasillo, lo decorarás en la forma siguiente: colocarás en el centro un farol de latón y unas macetas de

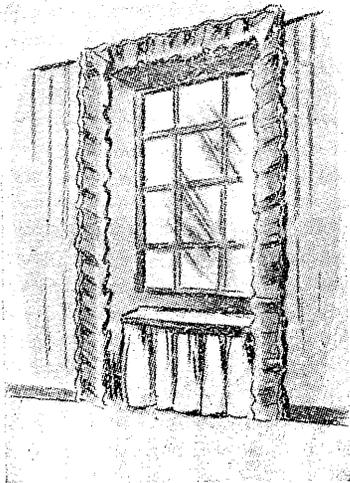


Fig. 5

hiedra, que se enredarán en una armadura de madera, que haréis como el dibujo indica. Dicha armadura la pintarás de un color claro.

Veamos de cubrir en este tiempo los antiestéticos radiadores, que tanto afean el aspecto de las habitaciones.

- 5.—Con una muselina floreada o simple cretona, marcando el recuadro de la ventana y en forma de faldas de un tocador, queda disimulado perfectamente el radiador cuando éste está colocado en el hueco donde está enclavada la ventana.

6.—Cuando está colocado entre dos ventanas, con unas cortinas claritas que vayan de ventana a ventana, como indica el grabado, modificará completamente la decoración.

7.—Otra manera de cubrir el radiador cuando está colocado debajo de una ventana y saliente de la pared.

8.—Ved la forma de, además de cubrir el radiador, de hacer un mueble práctico y utilísimo.

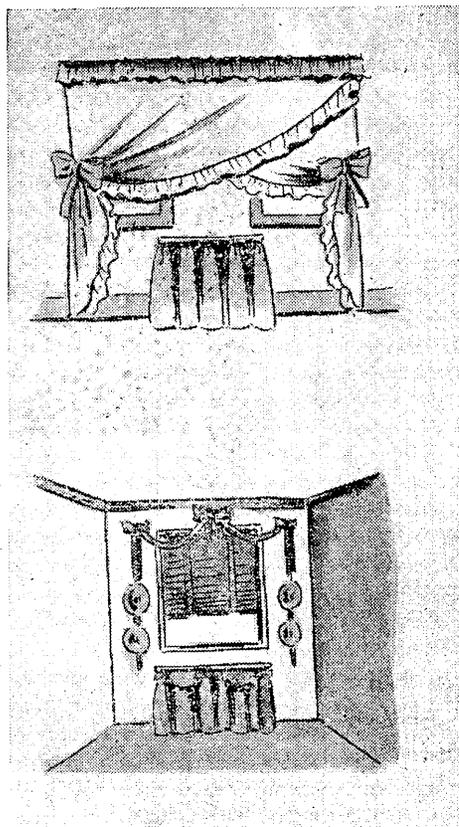


Fig. 6

Fig. 7

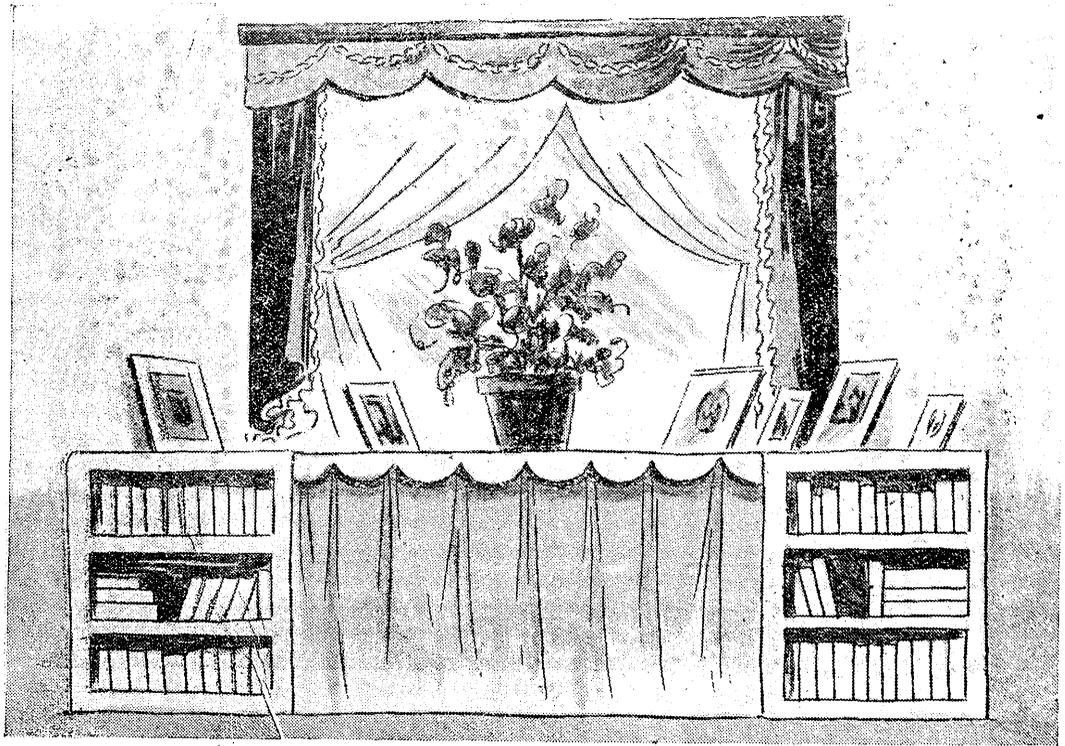


Fig. 8





Ante el problema de la monarquía

(Respondiendo a una llamada)

«José María Pemán, en su alocución del día 26 de febrero ante los micrófonos de Radio Nacional de España, publicada en *ABC* del 27, nos ofrece una oportunidad que hace tiempo veníamos buscando, para plantear desde estas páginas nuestra postura ante la institución monárquica, y, más concretamente, sobre la restauración de las formas monárquicas en España. Y nos da esta oportunidad, no en los párrafos primeros, llenos de melancolía y nostalgia, de añorante lirismo, sino en esa última parte en que Pemán hace un llamamiento a la juventud; que llamamiento sin nostalgia y sin personalismo quiere ser.

Contestamos a Pemán y señalamos nuestra postura, porque claramente se ve que a la juven-

tud a que más directamente se dirige es a la nuestra: la de los ex combatientes y la de sus hermanos más jóvenes de la hora presente. Ese criticismo que en esa juventud señala, ese sentido de lo castrense —servicio y disciplina, son sus palabras—, esa aceptación callada de consignas y censuras, ese afán lírico de afirmaciones claras, ese hambre de fe, esa sumisión a direcciones e intervenciones necesarias; es decir, la previa aceptación de un Estado fuerte y discriminador, nos retrata a nosotros de un modo que no deja lugar a dudas. Pemán nos invita a lo que él supone dar un paso fácil en la aceptación de esa alta unidad y disciplina que, según él, entraña la realeza. El hecho de que nos invite presupone ya, en buena lógica, el que nos sepa to-

talmente alejados y tremendamente ajenos a ese sentimiento monárquico que él y otros buenos españoles viven limpia y honradamente. En esto, este alejamiento, está en lo cierto, pues por una serie de razones obvias para cualquiera que haya vivido con consciencia estos últimos años de la vida española, esta juventud «hambrienta de fe», no es monárquica ni antimonárquica, es indiferente ante un objetivo que nunca saciaría este hambre. Repetir ahora los motivos, creemos que estaría de más, pero podemos muy bien resumirlos en la falta de afectividad sentimental hacia una institución que por razón de su origen y de su historia la precisa de un modo absoluto. El Rey, Señor para los monárquicos, para nosotros no podría ser nunca otra cosa que el Jefe del Estado acatado y obedecido, pero ajeno a cualquier consideración más cordial, si no ganase para sí otro título de realeza que el de la sangre. Desde luego, sería incompatible con ese carácter en rigor místico y carismático —sacramental y ungido, podríamos añadir— que la monarquía hereditaria tiene para sus adeptos. Y esto, mejor que nadie lo sabe José María Pemán, ya no sería una monarquía.

Pero, aparte de todo esto, que en sí es importante, hay algo todavía. Algo más fundamental que es, precisamente, aquello en lo cual discrepamos de un modo diametral del ilustre escritor y académico. Es en aquel su entendimiento de la realeza como «el sólido diseño de Dios y de la Historia». Y luego, seguimos textualmente a Pemán, «empieza lo contingente, lo discutible, lo vario. Luego, empieza la política...» Esto, y nos parece mejor decirlo crudamente y sin ambages ni retóricas, esto no lo sentimos y sabemos nosotros así, sino a la inversa. Sino a la inversa precisamente. Para nosotros, ese sólido diseño de Dios y de la Historia está encarnado en unos principios doctrinales, que no pueden tener otra adjetivación que la de Política; la de Política en su más alto y sublime significado. Una Doctrina Política que nos señale de un modo permanente las eternas razones de la Patria española, forja-

das en su tradición; que afirme el puesto del hombre en la sociedad y en sus relaciones con el Estado; que preste la impronta de una exacta justicia social; que fundamente los derroteros de una Revolución que conduzca al bienestar espiritual y material de los españoles; que sea la base de una unidad en el hombre, en los hombres y en las tierras españolas; que nos haga sentir la Patria como un gozo clarísimo, como un himno esperanzador; que incorpore a las masas a una tarea nacional sentida y amada con voluntad y hermandad; que aune los espíritus y los cuerpos en una misión entrañable de destino en lo universal.

Hasta aquí también para nosotros, el diseño de Dios y de la Historia. Luego empieza, también para nosotros, lo contingente, lo discutible, lo vario. Luego, empieza el tratar de las formas de gobierno.

Creemos sinceramente que los momentos por que atraviesa el mundo no son los más propicios, precisamente, para entregarnos a la discusión de lo contingente. Lo que se está jugando la Humanidad, y con ella nuestra Patria, no lo olvidemos, es, y bien a las claras está, del orden trascendente. En verdad, lo que se juega es el ser o no ser. Y ante esto, nuestro empeño, nuestro afán limpio y apasionado está resumido en una sola frase: el lograr la unidad de los españoles. Esto es lo fundamental. Es el objetivo urgente de conquista, en cuya batalla nos empeñamos con alegre y disciplinada vocación, cuyos medios hemos de aplicar por violentos, ásperos y desacostumbrados que sean en el campo de la política española. Pero, naturalmente, esta unidad que nosotros buscamos será una unidad por la base y por lo hondo: la unidad en la conciencia y en el afán, la unidad en la ambición y en los sueños. Otra unidad, la que tal vez crea Pemán encontrar en la monarquía, sería la unidad acomodaticia y accidental, tal vez la unidad en el miedo —como aquella de otro mes de febrero de hace trece años— y tal vez —terrible tal

vez— la unidad en el programa de unos pocos meses o de unos pocos días.

He aquí, pues, cómo nuestro criticismo, que no está tan clausurado y suspenso como Pemán dice —y de ello buen testimonio son las páginas de este semanario—, no es el que nos arrastra a adoptar esta postura noble y limpia ante el problema de la monarquía. Antes bien, es nuestra angustia y nuestro dolor de España lo que nos mueve a ello.

También nuestros poetas, que no llevan nieve sobre la frente, quieren cantar una alegría y una vida, quieren cantar un diálogo de esperanza, que no es ese diálogo que Pemán dice, sino el diálogo del hombre español con su Patria, entendido en un puro gozo de dolor y coraje, en una limpia metáfora de hermandad y fe, de calor y sangre, de martirio y rezo, de espada y tierra: el diálogo de España con sus hombres.

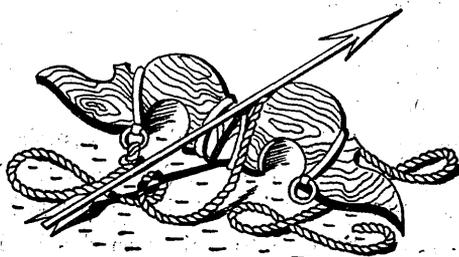
Si un día se considerase —por quien sólo es capaz de considerar en último término sobre estas cosas— oportuna y conveniente la restauración de una institución, que sabemos que dió páginas brillantes a nuestra Historia, pero que se desprendió muerta el 14 de abril de 1931 sin que nadie la empujase, nosotros, «monárquicos del pensamiento» —como nos llama Pemán— la

aceptaríamos y acataríamos, como se ha sabido siempre aceptar y acatar en las filas de la Falange la consigna exacta y difícil. Pero, eso sí, nuestros corazones permanecerían fríos, y el Rey, por el sólo hecho de ser Rey, nunca sería el Señor que fué ni el ciudadano el vasallo de su homenaje. Habría de ser para conseguirlo Rey con virtudes de Caudillo, fiel sucesor de Franco, heredero más que de su propia sangre, de la sangre española vertida. De una sangre vertida no para restaurar una dinastía, sino para restaurar los auténticos valores de España y asegurar su futuro adelantándose en días a la hora tremenda en que Europa iba a desahacerse.

Si en nosotros cupiese la melancolía, con ella rubricaríamos esta última afirmación. Con la misma melancolía con la que Pemán, fiel a sí mismo, nos hace esa llamada, que escuchada con hombría y deferencia sabe él que en el fondo no podríamos atender. Porque, y aquí una vez más el magisterio joseantoniano, sus sones son un poco los de la gaita sentimental, y nosotros marchamos al compás de los sones exactos de la lira.

¡ARRIBA ESPAÑA!»

(Publicado en *Juventud* el 3 de marzo de 1949.)





PROGRAMA DE MUSICA

EL MAL CAÇADOR

(Flechas y Margaritas)

La única dificultad (y ésta es relativa) que ofrece esta canción es la del cambio de compases. Al enseñarla tengan las Instructoras muy buen cuidado de que al cambiar los compases no cambie el tiempo «moderato», resultando unos más de prisa que otros.

Aparte este detalle, que ha de ser muy bien cuidado, lo importante para que sea bien interpretado es que se le dé un ligero carácter melancólico, como indica la tonalidad menor en que está escrita.

Como el texto es catalán, conviene que las Instructoras —si no hablan este dialecto— se asesoren de persona que lo hable para que lo enseñe con la mayor perfección posible, pues de lo contrario puede caerse, por una pronunciación defectuosa, en la imperfección o en la *caricatura*, que serían defectos lamentables y que destruiría el encanto de esta bella melodía del folklore catalán.

Moderato

U na ma ti na da fres ca U na ma ti na da
 fres ca Yo va reix a na ca çar la la la la la yo va
 reix a na ca çar la la la la la ra la ra la ra la ra la

Una matinada fresca,
 una matinada fresca
 yo vareix ana caçar,

la, la, la, la,
 yo vareix ana caçar,
 la, la, la, la, etc.

Non trobó caça ninguna,
 non trobó caça ninguna
 per pogueli yo tirar,
 la, la, la, la,
 per pogueli yo tirar,
 la, la, la, la, etc.

Si no es una pastoreta,
 si no es una pastoreta
 qu'en guardaba el bestia,
 la, la, la, la,
 qu'en guardaba el bestia,
 la, la, la, la, etc.

DONDE VA DE MAÑANA...

(Flechas y Margaritas)

(Santander)

La sensación de gracia natural, de sencillez e ingenuidad que ha de dársele a esta sencilla, pero bellísima, canción montañesa no podrá nunca conseguirse si las Instructoras no inculcan en las pequeñas cantoras la idea de que tanto la

entonación, el ritmo y la pronunciación de las palabras han de ser de la más pura claridad, naturalidad y sencillez, sin la menor afectación. Si se logra todo esto, la interpretación será justa y emotiva.

Donde va de ma ña na la ni ña blanca
 si la nie ve ha cua ja do por la mon ta ña
 si la nie ve ha cua ja do por la mon ta ña

Dónde va de mañana
 la niña blanca,
 si la nieve ha cuajado
 por la montaña,
 si la nieve ha cuajado
 por la montaña.
 Cuando sube a la sierra

la blanca niña,
 en arroyos la nieve
 huye de envidia.

No corráis, vientecillos,
 con tanta prisa,
 porque al son de las aguas
 duerme mi niña.

NADIE PLANTE SU PARRA

(Flechas Azules)

(Asturias)

La claridad de esta canción es tanta, que huelga hacer indicaciones a las Instructoras sobre su interpretación. Cuiden especialmente de la justeza y unidad del ritmo, y si la medida es exacta, se interpretará bien.

Allegretto vivace

Na die plan te, su pa rra jun to al ca mi no que

ni ne un pa sa fe no y co ge ñ ra ci mo Co ge ñ ra

ci mo ¿ y a que le o bli ga? a ven di mi ar la pa rra

to da la vi da si si ya lo pa ga ras No

no no lo pa go yo - - - -

NADIE PLANTE SU PARRA

Nadie planté su parra
junto al camino,
que viene un pasajero
y coge un racimo.

Coge un racimo,
¿y a qué le obliga?
A vendimiar la parra
toda la vida. Sí, sí,
ya lo pagarás. No, no,
no lo pago yo.

ASSUMPTIONE, B. M. O.

(Flechas y Flechas Azules)

Virgo prudentissima que progredis quasi
aurora valde rutilans filia Sion tota forma
mo-sa et suavis es pulchra ut luna
electa ut sol & uo u a - e -

VESPERIS

Virgo prudentissima
Que progredis quasi
Aurora valde rutilans
Filia Sion tota formosa
Et suavis es pulchra ut luna
Electa ut sol.

TRADUCCION

Virgen prudentísima,
a dónde caminas
como aurora rutilante en extremo,
hija de Sión.
Eres toda hermosa y suave,
bella como la luna,
única como el sol.

CANTABA UN RANO

(Flechas Azules)

(Valencia)

Esta canción, variante valenciana de las muchas que existen en diferentes regiones de la misma melodía, tiene un carácter de humorismo que precisa no se pierda ni un solo momento al interpretarla.

Para la buena pronunciación del texto en dialecto valenciano, si las Instructoras no conocen este dialecto, deben buscar persona que lo domine y lo enseñe de viva voz a las cantoras, para que lo pronuncien con la mayor perfección posible.

Allegretto

En u na se quio le ta le re le re en u na se quio

le ta le re le re canta baun ra no le re cantabaun

ra no le re canta baun ra no le re le re - le re le

hoco rit
re canta baun ra - - - no

En una sequioleta,
leré, leré,
en una sequioleta,
leré, leré,
cantaba un rano, leré,
cantaba un rano, leré,

cantaba un rano, leré, leré,
cantaba un rano.

De rabia que tenía, leré, leré,
cantaba un rano, etc.

Mira que pasaetes, leré, leré,
fentse el nonsabo, leré.



TEATRO

Milagro de Teófilo

(De «Los Milagros de Nuestra Señora», de Gonzalo de Berceo)

FLECHAS AZULES

(Sobre las cortinas cerradas van apareciendo, por la izquierda del espectador, hasta cuatro PEREGRINOS, con sus conchas y bordones, según hablan. Por el centro, una fuerte voz empieza a decir:)

Voz. *(Dentro).*

Yo, maestro Gonzalo de Berceo nombrado,
yendo en romería encontréme en un prado
verde y bien sencillo, de flores bien poblado,
lugar muy codiciable para el hombre cansado.

PEREGRINO 1.º

Daban olor soberbio las flores bien olientes,
refrescaban a uno las caras y las mentes,
manaban cada canto fuentes claras, corrientes,
en verano bien frías, en invierno calientes.

PEREGRINO 2.º

Había allí abundancia de buenas arboledas,
granados e higueras, peros y manzanedas,
y muchas otras frutas de diversas monedas,
mas no había ninguna podrida ni aceda.

PEREGRINO 3.º

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los árboles de tempranos sabores
refrescáronme todo, y perdí los sudores;
podría vivir uno con aquellos olores.

PEREGRINO 4.º

Yaciendo a la sombra perdí todos cuidados,
oí sonos de aves dulces y modulados;
nunca oyéron los hombres órganos más templados
ni que formar pudiesen sonos más acordados.

PEREGRINO 1.º

El prado que vos digo había otra bondad:
por calor ni por frío no perdía su beldad,
siempre estaba verde en su integridad,
no perdía la verdura por nula tempestad.

PEREGRINO 2.º

Los hombres y las aves cuantas acaecían,
llevaban de las flores cuantas llevar querían;
pero mengua en el prado ninguna no hacían:
por una que llevaban, tres o cuatro nacían.

PEREGRINO 3.º

Señores y amigos, lo que dicho habemos,
palabra es oscura, exponerla queremos:
quitemos la corteza, a la médula entremos,
prendamos lo de dentro, lo de fuera dejemos.

PEREGRINO 4.º

Todos cuantos vivimos, los que con pies anda-
[mos,
vivamos en prisiones o en lechos yazgamos,
todos somos romeros que caminos andamos:
San Pedro nos diz esto, por él vos lo probamos.

PEREGRINO 1.º

En esta romería tenemos un buen prado,
en quien halla refugio el romero cansado,
la Virgen Gloriosa, madre del buen criado,
del cual ninguno igual no fué trovado.

*(Por la derecha del espectador, delante de las
cortinas cerradas, van apareciendo cuatro AN-
GELES.)*

ANGEL 1.º

Este prado fué siempre verde en honestidad,
pues jamás hubo mácula en su virginidad
post partum et in partu fué Virgen de verdad,
ilesa, incorrupta en su integridad

ANGEL 2.º

Las cuatro fuentes claras que del prado mana-
[ban
los cuatro evangelios eso significaban,
pues los evangelistas cuatro que los dictaban
cuando los escribían con ella se hablaban.

ANGEL 3.º

La sombra de los árboles buena, dulce y sanía
en quien tiene refugio toda la romería,
ésas son oraciones que hace Santa María,
que por los pecadores ruega de noche y día.

ANGEL 4.º

Cuantos que son en mundo justos y pecadores,
sacerdotes y legos, reyes y emperadores,
allí se corren todos vasallos y señores,
todos a la su sombra van a coger las flores.

ANGEL 1.º

Los árboles que hacen sombra dulce y donosa
son los santos milagros que hace la Gloriosa,
que son mucho más dulces que azúcar sabrosa
la que dan al enfermo en la cuita rabiosa.

ANGEL 2.º

Por todas las iglesias, esto es cada día,
cantan laudes ante ella toda la clerecía;
todos le hacen la corte a la Virgen María:
éstos son rui señores de gran placentería.

ANGEL 3.º

Volvamos a las flores que componen el prado,
que lo hacen hermoso, apuesto y bien templado;
las flores son los nombres que le da el dictado
a la Virgen María, madre del buen criado.

PEREGRINO 1.º

La benedicta Virgen es estrella llamada,
estrella de los mares, es guía deseada.

PEREGRINO 2.º

Es de los marineros en las cuitas clamada,
que cuando ella aparece, es la nave guiada.

PEREGRINO 3.º

Es llamada, y lo es, de los cielos regina,
templo de Jesucristo, estrella matutina,

PEREGRINO 4.º

Señora natural y piadosa vecina,
de cuerpos y de almas salud y medicina.

ANGEL 1.º

Ella es dichosa fuente de quien todos bebemos,
ella nos dió comida de quien todos comemos.

ANGEL 2.º

Ella es dichoso puerto a quien todos corremos
y puerta por la cual entrada siempre habemos.

ANGEL 3.º

Ella es dichosa puerta en si bien encerrada,
para nos está abierta, para darnos entrada.

ANGEL 4.º

Ella es la paloma de hiel bien esmerada,
en quien no cae la ira, siempre está pagada.

PEREGRINO 1.º

Quiero en estos árboles un ratiello subir,
y de los sus milagros alguno escribir,
la Gloriosa me guía que lo pueda cumplir,
que yo no me atrevería en ello a venir.

Tendrélo por milagro que lo hace la Gloriosa
si guiarme quisiere a mí en esta cosa:
Madre llena de gracia, Reina poderosa,
tú me guías en ello, porque eres piadosa.

ANGEL 1.º

Era un hombre bueno de granada hacienda,
se llamaba Teófilo como diz la leyenda,
hombre era pacífico, no amaba la contienda,
bien sabía a su carne tenerla so su rienda.

(Se abren las cortinas. A la derecha hay una cerca de madera y dentro un banquillo y un camastro. TEÓFILO, vestido con sayal franciscano, hace oración de rodillas, acodado en su banquillo. En el centro y sobre dos gradas, el JUDÍO, vestido con túnica y calzas rojas, está sentado en una silla de cuero contando monedas que saca de una arqueta que tiene a los pies. A la izquierda, el sitial del OBISPO, donde éste se sienta rodeado de frailes vestidos de blanco, que a su vez lo hacen en tañuelos.)

ANGEL 2.º

En el lugar donde era tenía gran valía,
de su señor obispo tenía la vicaría,
de los de la iglesia tenía la mejoría,
fuera que el obispo tenía la nombradía.

ANGEL 3.º

Era en sí mismo de buena continencia,
sabía haber con todos paz y gran avenencia,
hombre era templado, de alta consciencia,
era muy bien dotado de seso y de ciencia.

ANGEL 4.º

Vestía a los desnudos, saciaba a los hambrientos.

(Entra por la derecha un NIÑO, con las ropas desgarradas, y una NIÑA, con la mano tendida. TEÓFILO se levanta, quita del camastro la pobre manta que lo cubre y envuelve al desnudo. Ofrece a la NIÑA la escudilla de su comida. Los NIÑOS se marchan por la izquierda, mientras él los bendice.)

Acogía a los romeros que venían friolentos,

(El mismo juego con el PEREGRINO 1.º, que pasa

por su cerca y sale por el lado de los ANGELES, hasta quedarse detrás del cuarto ANGEL.)

daba a los errados buenos castigamientos, que hiciesen penitencia de todos fallimientos.

(El mismo juego con el PEREGRINO 2.º, que se le acerca, se arrodilla a sus pies como haciendo confesión, y se marcha, andando de rodillas, hasta ponerse al lado del PEREGRINO 1.º)

ANGEL 1.º

Amábalo el obispo macho de gran manera, porque lo excusaba de toda facendera;

(TEÓFILO se acerca al sitial del OBISPO. Los frailes se levantan y el prelado le da a besar su anillo y le abraza.)

los pueblos y las gentes teníanlo por lumbrera, porque él era de todos caudillo y carrera.

ANGEL 2.º

Cuando vino el término en que hubo de acabar, no pudo el obispo el punto traspasar; enfermó y murió, fué con Dios a gozar; dióle Dios paraíso por el su buen obrar.

(Según está abrazado a TEÓFILO, el OBISPO cae sobre él como si perdiera el conocimiento. TEÓFILO y otro fraile le llevan fuera. Dos frailes más le siguen. Los otros quedan comentando en voz baja. Al acabar de hablar el ANGEL 2.º salen los frailes que entraron. Dicen:)

TRES FRAILES.

Nuestro hermano Teófilo halla la obispalía. Entendemos que yace en él la mejoría, él conviene que tenga la adelantadía.

(Entra TEÓFILO.)

FRAILE 4.º

Teófilo, Teófilo, toma este obispado,

porque todo el cabildo en ti es otorgado y de todos los pueblos eres tú postulado.

TEÓFILO.

Señores, mudad mano, por Dios y caridad, que yo no soy tan digno para tal dignidad; en hacer tal elección sería gran ceguedad.

ANGEL 3.º

Los de la canonjía, si les pluge o non, tuvieron que hacer otra nueva elección. El obispo que pusieron en la ordenación puso otro vicario en la administración.

(Los frailes blancos se van por la izquierda, mientras TEÓFILO, humildemente, vuelve a su retiro. Al volver los frailes, ahora con cirios encendidos, traen un nuevo obispo, a quien sigue un fraile vestido de negro, el nuevo vicario. TEÓFILO corre a besar la mano del nuevo prelado, pero éste no le abraza como el anterior obispo. TEÓFILO se retira, despechado.)

ANGEL 4.º

En casa del obispo no era tan privado como solía ser con el otro pasado; fué en su voluntad fieramente turbado, habíalo la envidia de su seso sacado.

ANGEL 1.º

Do moraba Teófilo en esa obispalía, había un judío en esa judería; sabía el cosa mala, toda alevosía que con los infernales había su cofradía.

(TEÓFILO vuelve a su retiro y se sienta en el banquillo, lleno de malos pensamientos.)

ANGEL 2.º

Teófilo mezquino, de Dios desamparado, venciolo su locura y lleno de pecado,

fué demandar consejo al truhán endiablado
cómo podría tornar al antiguo estado.

(TEÓFILO *se levanta de repente y corre a la casa del JUDÍO, donde simula llamar a la puerta. El JUDÍO guarda sus monedas y, abrazado a su arqueta, abre, y parece escuchar lo que TEÓFILO le dice en voz baja.*)

JUDÍO.

Si creerme quisieres,
puedes tornar en eso que quieres.
No tengas una duda si tú firme estuvieres,
todo será posible si no te arrepintieres.

TEÓFILO.

Por eso vengo a ti, por seguir tu mandado.

JUDÍO.

Oh, Teófilo amigo, estoy asegurado;
cuenta ya que tu pleito está todo ganado.
Vete a holgar a tu lecho y torna a tu posada;
mañana al primer sueño, ya la genté callada,
húrtate de tus hombres, de toda tu mesnada,
ven golpear mi puerta y no hagas más nada.

(TEÓFILO *obedece y vuelve a su camastro, donde se echa. Hay un momento de silencio absoluto, mientras se apagan todas las luces que se puedan. El JUDÍO se restriega las manos y se ríe. Suenan las doce, tocadas por una campana. TEÓFILO se levanta y corre a casa del JUDÍO. Este le toma por la mano y se dirige con él hacia la derecha. Los ANGELES se cubren las caras con sus brazos doblados. Los PEREGRINOS se tiran al suelo, como escondiéndose. Entran por la derecha figuras envueltas en mantos rojos y con teas rojas en las manos. En el centro viene SATANÁS, con sus alas de murciélago, todo vestido de negro.*)

JUDÍO.

No debes santiguarte ni debes temer nada,
porque toda tu hacienda será ahora mejorada.

SATANÁS.

Acércate, judío, don Fulán, ¿qué buscades?
Qué presente me traedes quiero que lo digades,
o qué hombre es éste que vos me presentades,
saberlo quiero luego, esto bien lo creades.

JUDÍO.

Yo quiero explicar esto, señor rey honrado;
éste solía ser vicario del obispado,
queríanlo todos mucho y era hombre honrado;
quitáronlo ahora y es menoscabado.
Por eso es venido a tus pies caer,
que le hagas cobrar lo que solía tener;
él te hará servicio con todo su poder,
tendrás en él vasallo bueno, a mi parecer.

SATANÁS.

El pacto no me vale, no sería derecho
a vasallo ajeno yo buscar tal provecho;
mas reniegue de Cristo, que nos haz muy despe-
[cho;
hacer yo que le tornen en todo su buen fecho.
Reniegue de Cristo y de Santa María,
hágame carta firme a mi placentería,
ponga en ella su sello a la postrimería
y tornará en ser grado con muy gran mejoría.

(*Hay un breve y hondo silencio. El JUDÍO presenta a TEÓFILO la carta, y TEÓFILO, tras una pequeña duda, la sella con el sello que lleva al dedo. Se apaga la luz completamente, y al encender el JUDÍO sigue sentado en su silla contando sus monedas y TEÓFILO, de rodillas, con los brazos sobre su banquillo, mira horrorizado el anillo de su mano. El obispo y sus frailes no están. En el sitial, Santa María está sentada con su Niño.*)

ANGEL 1.º

El Señor, que no quiere muerte de pecadores,
mas que salven las almas, enmienden los errores,
tornó en sí a este enfermo de mortales dolores,
que era engañado de mortales traidores.

ANGEL 2.º

Los bienes que hiciera en los tiempos habidos
el buen Señor no quiso que le fuesen perdidos;
avivó sus sentidos, que yacían perdidos;
abrió luego los ojos, que tenía dormidos.

TEÓFILO.

Teófilo enemigo, mezquino malhadado,
del otero en que estuve, ¿quién me ha derribado?
El alma está perdida; el cuerpo, despreciado;
el bien que he perdido no le veré cobrado.

Mezquino pecador, no veo do arribar,
y no hallaré quien quiera por mí a Dios rogar;
moriré como el que yace en medio de la mar,
que no encuentra terreno donde pueda escapar.

Soy perdido con Dios y con Santa María,
perdido con los santos por mi alevosía;
corté todas las cimas donde los pies tenía,
si nacido no fuese muy mejor habría.

Bien sé que de esta fiebre no me podré salvar,
no vive ningún físico que me pueda curar,
sino Santa María, estrella de la mar;
mas, ¿quién será osado que la vaya a rogar?

*(Al decir esto se levanta, corre hacia el sitial
de NUESTRA SEÑORA y se arroja a sus plantas.)*

Señora, tú que eres puerta del paraíso,
en quien el Rey de gloria tantas bondades hizo,
torna a mí, Señora, el tu precioso viso.
Torna contra mí, Madre, la tu cara preciosa,
no vayas más a mal, que es ida la cosa;
torna sobre Teófilo, Reina gloriosa.

*(Al acabar cae sobre su rostro, sollozando.
NUESTRA SEÑORA sonríe y se inclina levemente
hacia él, pero sin perder algo de rigidez.)*

NUESTRA SEÑORA.

Haces peticiones locas y sin color,
a nos has renegado, buscarte otro señor.
Don renegado malo de Judas muy peor,
no sé por ti quién quiera rogar al Criador.

Yo vergüenza tendría al mi Hijo rogar,
no sería osada la razón empezar.

El que tú renegaste y buscaste pesar,
no nos querrá oír ni a ti perdonar.

TEÓFILO.

Madre, Reina y Señora, por Dios y caridad,
no mires el mi mérito, mira tu gran bondad;
de cuanto que tú dices, todo dices verdad,
porque soy sucio y falso, lleno de malvedad.

NUESTRA SEÑORA.

Aunque tú me negaste e hiciste sucio hecho,
quíerote aconsejar de un consejo derecho:
vuélvete hacia mi Hijo, que te tiene despecho,
que tiene sed de ti porque fué muy maltrecho.
Ruégale muy de firme y con muy gran vehemen-

[cia,
reniega del demonio, confirma tu creencia.
El mata, El vivifica, porque es todo potencia.

TEÓFILO.

Madre y Señora mía, siempre seas laudada;
pascua fué y grande cuando tú fuiste creada;
mucho es la mi alma con esto confortada,
trae la tu palabra medicina probada.
Señora benedicta, Reina principal,
aún con más osadía te quiero decir al:
si no cobro la carta que hice por mi mal,
contaré no soy libre del infernal dogal.

NUESTRA SEÑORA.

No querría el mi Hijo por la tu pleitesía
descender al infierno, tomar tal romería,
pues es lugar hediondo, hedionda cofradía;
sólo en sometérsele sería gran osadía.

TEÓFILO.

Señora benedicta entre todas mujeres,
bien lo querrá tu Hijo lo que tú bien quisieres;
todo te lo dará lo que tú le pidieres,
a mí vendrá la carta si tú perdón me dieres.

Descansa en paz, Teófilo; te veo bien penado.
Iré yo, si pudiere, rescatar el mandado;
Dios lo mande que sea asina rescatado.

(Se apagan todas las luces. Los cuatro ANGELES encienden cuatro cirios y se ponen al lado de NUESTRA SEÑORA. TEÓFILO está caído en el suelo, rezando en muy altas voces, mientras la Virgen, con los ANGELES, camina muy despacio hacia la derecha. Por este lado sale la hueste infernal, con sus mantos rojos y sus rojas teas, que se colocan dentro del cercado de TEÓFILO. SATANÁS se sienta sobre el camastro del pecador y sostiene en alto la carta sellada.)

TEÓFILO.

Creo en uno Dios y que es Trinidad;
Trinidad en persona, una divinidad;
no hay en las personas nula diversidad,
Padre, Hijo, Espíritu uno son de verdad.
Creo de Jesucristo en la encarnación,
que nació de ti, Madre, por nuestra redención;
predicó el Evangelio, luego tomó pasión,
en el día tercero hizo resurrección.
Creo bien firmemente en la su ascensión,
creo la postrema regeneración,
cuando buenos y malos recibirán galardón
que envió la gracia de la consolación.

(Cuando acaba TEÓFILO de hablar, NUESTRA SEÑORA llega al círculo infernal, que va cayendo en tierra. Los ANGELES se han detenido en el centro de la escena y la Virgen avanza sola. Las rojas antorchas se apagan y por fin SATANÁS cae también a las plantas de la Gloriosa, que pone sobre él su pie para recoger la carta sellada. CORO, dentro:)

Salve Regina,
Mater misericordiae...

(Cuando NUESTRA SEÑORA rescata la carta sellada se apagan los cirios de los ANGELES y queda todo oscuro. Al encenderse la luz, está el OBISPO en su sitial oyendo en confesión a TEÓFILO, arrodillado a sus pies. Alrededor, los frailes blancos, y llenando la escena, hombres y mujeres y niños, que parecen esperar algo maravilloso. El OBISPO da la absolución al pecador y se levanta con la carta sellada en la mano. Todos se arrojan.)

OBISPO.

Oid, hijos, varones, una fiera hazaña,
nunca en este mundo la oísteis tamaña.
Veredes el diablo que trae mala maña,
los que no se le guardan tan mal los engaña.
Este nuestro vicario y nuestro compañero,
movido su locura un falso consejero;
fué a buscar al diablo sabidor y artero
por cobrar un oficio que tuviera primero.
Si la Virgen Gloriosa no le hubiere valido,
era el desgraciado duramente torcido;
mas la su santa gracia, hale a él acorrido,
ha cobrado la carta, si no, sería perdido.
Yo la tengo en el puño y podéisla ver,
esto no yace en duda, y lo debéis creer.
onde debemos todos a Dios gracias render
y a la Santa Virgen que le quiso valer.

TODOS *(Cantando)*.

Salve Regina,
Mater misericordiae...